

MicroQuijotes 2

**ACADEMIA NORTEAMERICANA
DE LA LENGUA ESPAÑOLA
(ANLE)**

Junta directiva

D. Gerardo Piña-Rosales
Director

D. Jorge I. Covarrubias
Secretario

D. Daniel R. Fernández
Coordinador de Información

D. Joaquín Segura (†)
Censor

D. Emilio Bernal Labrada
Tesorero

D. Eugenio Chang-Rodríguez
Director del Boletín

D. Carlos E. Paldao
Bibliotecario

*

Academia Norteamericana de la Lengua Española (ANLE)

P.O. Box 349

New York, NY, 10116

U.S.A.

Correo electrónico: acadnorteamerica@aol.com

Sitio Institucional: www.anle.us

Juan Armando Epple (Ed.)

MicroQuijotes 2



Colección Pulso Herido
Academia Norteamericana
de la Lengua Española
2015

MicroQuijotes 2

Juan Armando Epple (Ed.)

Colección *Pulso Herido*, N° 7

Nueva York: Academia Norteamericana de la Lengua Española (ANLE)

© Academia Norteamericana de la Lengua Española (ANLE)

© Juan Armando Epple

© Ilustraciones: Ricardo Badtke Epple

© De las microficciones sus respectivos autores

Primera Edición. 2015

ISBN: 978-0-9903455-9-6

Library of Congress Control Number: 2015950962

Academia Norteamericana de la Lengua Española (ANLE)

P. O. Box 349

New York, NY, 10116

U. S. A.

Correo electrónico: acadnorteamerica@aol.com

Sitio Institucional: www.anle.us

Ilustraciones de todo el volumen: Ricardo Badtke Epple

Edición y supervisión: Carlos E. Paldao, Gerardo Piña-Rosales

Revisión Editorial: Stella Maris Colombo, Graciela S. Tomassini, Violeta Rojo

Composición y diagramación: Pluma Alta

Impresión: The Country Press, Lakeville, MA 02347

Pedidos y suscripciones: acadnorteamerica@aol.com

La colección *Pulso Herido* está integrada por obras de naturaleza creativa en materia de narrativa, poesía, drama y ensayo, entre otros géneros, concebidas con calidad académica y orientadas a difundir el pensamiento y la creación en las distintas dimensiones de lo lingüístico, literario, socioeducativo y cultural del mundo hispánico, con el propósito de robustecer su profunda unidad. Las ideas, afirmaciones y opiniones expresadas en sus distintos volúmenes no son necesariamente las de la ANLE, de la Asociación de Academias de la Lengua Española ni de ninguno de sus integrantes. La responsabilidad de las mismas compete a sus autores.

Copyright © 2015 por ANLE. Todos los derechos reservados. Esta publicación no podrá ser reproducida, ni en un todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea fotoquímico, electrónico, magnético, mecánico, electroóptico, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la Academia Norteamericana de la Lengua Española.

Impreso en los Estados Unidos de América

Printed in the United States

Índice

<i>Presentación</i>	17
<i>Prólogo</i>	21

MicroQuijotes 2

Rubén Darío, <i>D.Q.</i>	35
Juan José Arreola, <i>Teoría de Dulcinea</i>	39
Jorge Luis Borges, <i>Parábola de Cervantes y de Quijote</i>	40
<i>El acto del libro</i>	41
<i>Un problema</i>	42
Enrique Anderson Imbert, <i>La cueva de Montesinos</i>	44
Marco Denevi, <i>Proposición sobre las verdaderas causas de la locura de don Quijote</i>	45
<i>Don Quijote cuerdo</i>	46
<i>Dulcinea del Toboso</i>	47
<i>Realismo femenino</i>	48

<i>La mujer ideal no existe</i>	49
<i>Crueldad de Cervantes</i>	50
<i>Epidemia de Dulcineas en el Toboso</i>	51
<i>Los ardidés de la impotencia</i>	53
José Cardona López, <i>Que trata de la indagatoria al ingenioso caballero don Miguel</i>	55
José de la Colina, <i>Cervantes</i>	56
Raúl Renán, <i>De cómo una vaca pinta</i>	57
Andrés Gallardo, <i>La memoria pertinaz</i>	58
<i>La súbita reconsideración</i>	59
<i>La colección</i>	60
<i>La lectura póstuma</i>	61
<i>Parábola de la literatura, la locura, la cordura y la ventura</i>	62
Augusto Monterroso, <i>Manuscrito encontrado junto a un cráneo en las afueras de San Blas, S.B., durante las excavaciones realizadas en los años setenta en busca del llamado Cofre, o Filón</i>	63
Alba Omil, <i>La postrera aventura de Alonso Quijano</i>	65
José Emilio Pacheco, <i>En un lugar de la Mancha</i>	66
A. White, <i>[En resolución]</i>	67
Ana María Shua, <i>Máquina del tiempo</i>	68

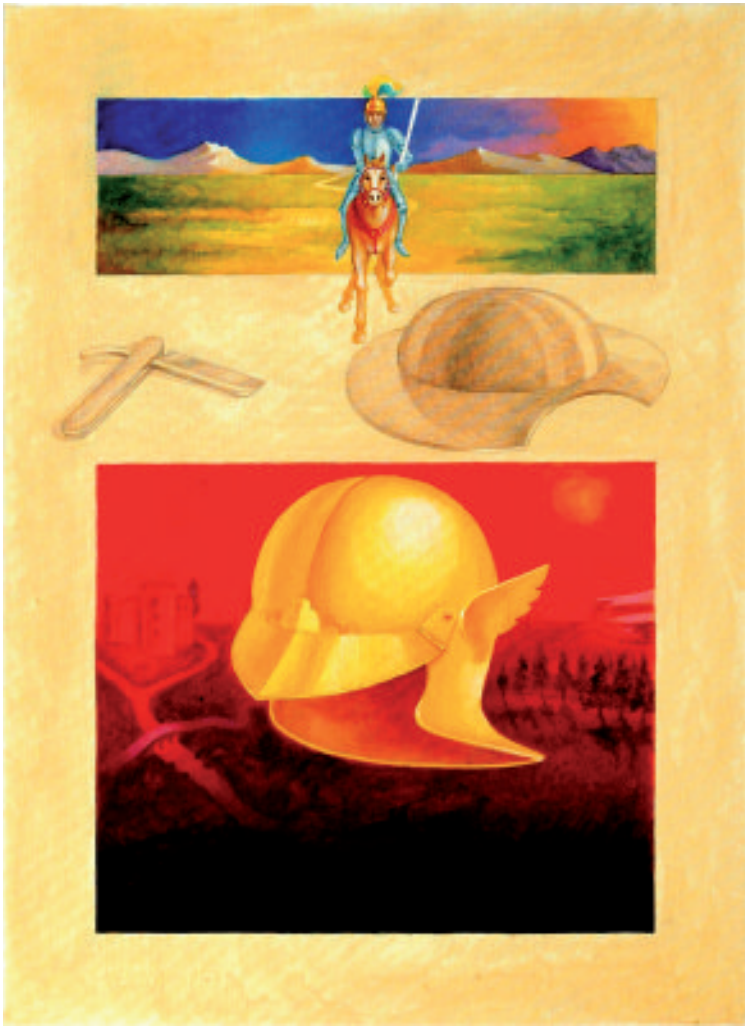
Ana María Mopty de Kiorcheff, <i>El flaco</i>	69
Pablo Montoya Campuzano, <i>Alonso Quijano</i>	70
Carlos M. Gutiérrez, <i>Viento del Sur</i>	71
Fabián Vique, <i>La trabajosa perdurabilidad del Quijote</i>	73
Juan Armando Epple, <i>Razones son amores</i>	74
<i>Nombres propios</i>	75
<i>Don Aldonzo</i>	76
Enrique Hoyos Olier, <i>Sanchijote</i>	77
Luis Correa-Díaz, <i>Moneda 16</i>	78
<i>La Emperatriz del mundo se confiesa</i>	79
Lilian Elphick, <i>El relincho de Don Quijote</i>	80
<i>Doble personalidad</i>	81
Jorge Etcheverry, <i>La bolsa</i>	82
Rogelio Guedea, <i>Don Quijote</i>	84
Gabriel Jiménez Emán, <i>Diálogo postrero entre Sancho Panza y Alonso Quijano, oído por el autor del Quijote</i>	85
David Lagmanovich, <i>Don Quijote y Dulcinea</i>	89
<i>Pensaba Sancho</i>	91
<i>Habla Aldonza</i>	92
<i>El otro Quijote</i>	93

José María Merino, <i>La cuarta salida</i>	94
Lina Meruane, <i>Dientes de leche</i>	95
Diego Muñoz Valenzuela, <i>Don Quijote</i>	97
Julia Otxoa, <i>De cómo el Quijote fue quemado en Morano</i>	99
Ernesto Pérez Zúñiga, <i>Don Quijote encuentra un molino en el fin del mundo</i>	101
Juan Romagnoli, <i>Quijotescas I</i>	102
<i>Quijotescas II</i>	103
Armando José Sequera, <i>¿Qué te parece, Zoraida?</i>	104
<i>Últimas palabras de Cide Hamete</i>	105
Mario Goloboff, <i>Batalla</i>	106
José Paredes, <i>Juicio de realidad al genio de Cervantes</i>	107
<i>Hamete Benengeli</i>	109
Raúl Jorge Lima, <i>Distinta suerte</i>	110
Orlando Mejía Rivera, <i>Reacción en cadena</i>	111
Rodolfo Modern, <i>Novela</i>	113
Gabriela Aguilera, <i>Movilidad social II</i>	114
<i>Movilidad social III</i>	115

Adolfo Barraza, <i>Quijote gamer</i>	116
Ginés Cutillas, <i>A la sombra de los molinos</i>	117
Fernando de Gregorio, <i>Quijotes proletarios</i>	118
Denise Fresard, <i>Los libros de Don Quijote</i>	119
<i>La tumba de Don Quijote</i>	120
Milton Puga, <i>Ingenioso Hidalgo</i>	121
<i>Triste figura</i>	122
Patricia Elena Rivas, <i>Rosinesco</i>	123
Graciela Tomassini, <i>Evocación de don Buenaventura González</i>	124
Silvina Vital, <i>Molinos de aire</i>	127
Bibliografía	129
Semblanzas.....	135

*A Luis Verano, que ha dedicado los mejores años
de su docencia a la enseñanza del Quijote en la
Universidad de Oregón, y lo ha hecho con la misma
pasión, consecuencia ética y voluntad creativa
que el protagonista de la novela.*

Presentación



© Ricardo Badtke Epple, "El yelmo".

La publicación de la Segunda Parte de *El ingenioso Cavallero Don Quixote de La Mancha* en 1615 no fue ajena a dos acontecimientos del mundo “real” que lograron interpolarse en la vida de la ficción cervantina: la aparición del Quijote de Avellaneda, continuación heterógrafa que da testimonio del rápido y contundente éxito de la novela de Cervantes publicada en 1605, y el embarque de ejemplares de la misma al Nuevo Mundo, que se inicia hacia 1608. Ambos acontecimientos, aparentemente inconexos, traman secretas complicidades para determinar, de allí en más, los rumbos del caballero y su escudero. El último de los mencionados funda los cimientos del puente de doble dirección entre las dos orillas de un mundo para siempre unido por la lengua y por el legado simbólico de ese libro capaz de cifrar, más que una identidad cultural, la compleja y matizada esencia de lo humano.

‘El Quijote espurio de Avellaneda inaugura, a su vez, la interminable serie de versiones, reversiones, usos, adaptaciones, continuaciones, felices e infelices, que no cesa de suscitar desde entonces el texto cervantino, entre ellas la misma Segunda Parte, que aporta a la novela la más inquietante y moderna de sus articulaciones: la de ser un libro que se sabe leído, a horcajadas entre el mundo de la ficción y el de la vida, con todas las derivaciones filosóficas y estéticas de semejante descubrimiento.

En efecto, el Quijote, cuya escritura adopta la máscara del palimpsesto al presentarse como traducción del texto arábigo de Cide Hamete Benengeli, es una de las obras que más reescrituras han

inspirado, no solo en el mundo hispánico sino en la literatura universal. Entre estas recreaciones, hay un conjunto que pone en obra la paradoja del *multum in parvo*, al verter el vasto mundo de la novela cervantina –plural en voces, estilos, géneros en contrapunto y narrativas interpoladas o puestas en abismo– en un espacio que oscila entre la página y media y la única línea de escritura. Se trata de la ficción brevísima, género de expansión reciente pero de raíces antiguas, donde la concisión, tan inherente a su estética como la hibridez genérica y la ambivalente oscilación entre el humor y la contundencia argumentativa, favorece y acoge todas las variedades de la transtextualidad. Para ello, acude con preferencia a los clásicos, no solo porque, como apunta Ítalo Calvino, estos son libros que nunca terminan de decir lo que dicen, sino también porque sus personajes y situaciones permean, independientes ya de la fuente e incluso de la lengua en que fueron creados, la atmósfera que respira la cultura universal.

Juan Armando Epple, autor de obras seminales para la cartografía y el estudio de las formas brevísimas de la ficción literaria como *Brevísima relación del cuento breve en Chile* (1989) y *Brevísima relación. Antología del micro-cuento hispanoamericano* (1990), ha explorado el “vínculo dialogante” que la microficción entabla con el Quijote en diversas latitudes del mundo hispánico y ha reunido sus variadas troquelaciones en el volumen *Micro-Quijotes*, publicado en primera edición en España, en 2005, por Thule. Entre los méritos de esta compilación cabe destacar el de ser la primera antología de minificciones que recrean, en un caleidoscópico palimpsesto compuesto por múltiples voces y estilos, una misma fuente textual.

En adhesión a las celebraciones del cuarto centenario de la publicación de la Segunda Parte del Quijote, la Academia Norteamericana de la Lengua Española a través de la iniciativa de su Director, D. Gerardo Piña-Rosales presenta en *MicroQuijotes 2* una nueva versión de esta antología, enriquecida por la inclusión de nuevos textos, en su mayoría inéditos.

GRACIELA S. TOMASSINI

Academia Norteamericana de la Lengua Española
Consejo de Investigaciones de la Universidad Nacional
de Rosario, Argentina

Prólogo



© Ricardo Badtke Epple, "El castillo".

Las obras clásicas perduran en el tiempo no tanto por su calidad de monumentos estáticos, sino porque se abren a lecturas diferentes en cada época: dialogan con nuestra contemporaneidad. Don Quijote ha sido leído como un personaje cómico, un activador lego de la razón filosófica, un héroe romántico, un crítico social del imperio, una figura agónica, un idealista a ultranza, y así. En el siglo XX, y especialmente en la apreciación de los escritores, el clásico cervantino es reconocido como la fuente de las principales innovaciones literarias que va a consolidar la novela moderna y su protagonista, don Quijote, es valorado como un héroe de la imaginación.

Varios de los escritores latinoamericanos que han recibido el Premio Cervantes coinciden en destacar la legitimación de la libertad creativa y la voluntad de imaginación como el legado más importante del Quijote:

Cervantes, con el *Quijote*, instala la dimensión imaginaria dentro del hombre, con todas sus implicaciones terribles o magníficas, destructoras o poéticas, novedosas o inventivas, haciendo de ese nuevo yo un medio de indagación y conocimiento del hombre, de acuerdo con una visión de la realidad que pone en ella todo y más aún de lo que en ella se busca. Primer amante verdadero de la literatura moderna, Don Qui-

jote proyecta sus propios fantasmas en la figura de Dulcinea –pirandelliano juego de apariencias– alzando una vulgar realidad al nivel de su propia escala imaginaria. A partir de ese momento todo está permitido al ente creador.

ALEJO CARPENTIER,
Premio Cervantes 1977

Todos los novelistas, sea cual sea el idioma en que escribamos, somos deudores de aquel hombre desdichado y de su mejor novela, que es la primera y también la mejor novela que se ha escrito. Una novela en la que todos hemos entrado a saco, durante siglos, y que, a pesar de nosotros y de tan repetida depredación, se mantiene, como el primer día, intocada, misteriosa, transparente y pura [...].El planteamiento del libro, su esencial libertad creativa e imaginativa marcan la pauta, conquistan el terreno sin límites en el que germinará y se desarrollará toda la novelística posterior. El maravilloso entramado de la más cruda realidad y la fantasía más exaltada, la magia prodigiosa de dar vida permanente a todo lo que su mano, como al descuido, va tocando, son virtudes que ya han sido, y siempre serán, alabadas, aplaudidas y comentadas.

JUAN CARLOS ONETTI,
Premio Cervantes 1980

Don Quijote sale a probar la existencia de una edad pasada, cuando el mundo era igual a sus palabras. Se encuentra con una edad presente, empeñada en separarlo todo. Sale a probar la existencia de los héroes escritos: los paladines y caballeros andantes del pasado. Encuentra su propia contemporaneidad en un hecho para él irrefutable: Don Quijote, como sus héroes, también ha sido escrito.

Quijote y Sancho son los primeros personajes literarios que se saben escritos mientras viven las aventuras que están siendo escritas sobre ellos. Colón en la tierra nueva, Copérnico en los nuevos cielos, no operan una revolución más asombrosa que esta de don Quijote al saberse escrito, perso-

naje del libro titulado *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*.

La información moderna, el privilegio pero también la carga de la mirada plural, nacen en el momento en que Sancho le dice a don Quijote lo que el bachiller Sansón Carrasco le dijo a Sancho: estamos siendo escritos. Estamos siendo leídos. Estamos siendo vistos. Carecemos de impunidad, pero también de soledad. Nos rodea la mirada del otro. Somos un proyecto del otro. No hemos terminado nuestra aventura. No la terminaremos mientras seamos objeto de la lectura, de la imaginación, acaso del deseo de los demás. No moriremos —Quijote, Sancho— mientras exista un lector que abra nuestro libro.

CARLOS FUENTES,
Premio Cervantes 1987

Y en un artículo reciente, el escritor Mario Vargas Llosa reafirma que el tema central del Quijote es la ficcionalización de la realidad y la seducción que ejerce sobre los personajes la imaginación literaria, llegando a actuar, sin proponérselo, por los códigos de la ficción antes que por las convenciones restrictivas de sus realidades cotidianas:

El gran tema de Don Quijote de la Mancha es la ficción, su razón de ser, y la manera como ella, al infiltrarse en la vida, la va modelando, transformando. Así, lo que parece a muchos lectores modernos el tema “borgiano” por antonomasia —el de “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius”— es, en verdad, un tema cervantino que, siglos después, Borges resucitó, imprimiéndole un sello personal. La ficción es un asunto central de la novela, porque el hidalgo manchego que es su protagonista ha sido “desquiciado” —también en su locura hay que ver una alegoría o un símbolo antes que un diagnóstico clínico— por las fantasías de los libros de caballerías, y, creyendo que el mundo es como lo describen las novelas de Amadises y Palmerines, se lanza a él en busca de unas aventuras que vivirá de manera paródica, provocando y padeciendo pequeñas catástrofes. Él no saca de esas malas experiencias una lección de realismo. Con la inmovible fe de los fanáticos, atribuye

a malvados encantadores que sus hazañas tornen siempre a desnaturalizarse y convertirse en farsas. Al final, termina por salirse con la suya. La ficción va contaminando lo vivido y la realidad se va gradualmente plegando a las excentricidades y fantasías de don Quijote. El propio Sancho Panza, a quien en los primeros capítulos de la historia se nos presenta como un ser terrícola, materialista y pragmático a más no poder, lo vemos, en la Segunda parte, sucumbiendo también a los encantos de la fantasía, y, cuando ejerce la gobernación de la Ínsula Barataria, acomodándose de buena gana al mundo del embeleco y la ilusión”.¹

El Quijote es quizás la obra clásica que ha concitado la mayor atención contemporánea como narrativa maestra para fundamentar propuestas estéticas, ensayos, poéticas, proclamas, filiaciones éticas, parodias (potenciando justamente uno de los fundamentos estéticos de esta novela) y reescrituras que agudizan, como reconocimiento implícito, el precursor perspectivismo cervantino. Uno de los géneros que ha canalizado con mayor soltura este vínculo dialogante con el Quijote es, tanto en Latinoamérica como en España, el relato breve y la minificción.

Una descripción sumaria del estatuto de la minificción ayudará a perfilar mejor el alcance de la antología que ofrecemos a los lectores.

Si bien no surgió como un género independiente, puesto que tiene filiaciones tanto con otras formas breves de tradición oral y letrada, con la expresión moderna del libro misceláneo, como con el cuento propiamente tal, la minificción o microcuento se ha ido decantando como un sistema narrativo autosuficiente. Este proceso de legitimación canónica, de factura reciente, se debe tanto al desarrollo de una práctica de escritura que encuentra un circuito de difusión y recep-

¹ Mario Vargas Llosa. “Una novela para el siglo XXI”. Suplemento Literatura y Libros, *El Mercurio*, Chile. Viernes 26 de noviembre de 2004.

ción seducido por sus propuestas transgresoras como por un trabajo abocado a verificar y decantar su tradición, a la vez en antologías, estudios críticos y congresos especializados.²

En el canon latinoamericano se reconocen los aportes precursores de Rubén Darío, Julio Torri, Vicente Huidobro, la consagración de su modalidad diferencial en escritores como Enrique Anderson-Imbert, Alfredo Armas Alfonzo, Juan José Arreola, Jorge Luis Borges, Julio Cortázar, Marco Denevi, Augusto Monterroso, Virgilio Piñera, y las contribuciones posteriores de escritores como Alfonso Alcalde, René Avilés Fabila, Pía Barros, Luis Britto García, Martha Cerda, Adolfo Couve, Jorge Díaz, Eduardo Galeano, Gabriel Jiménez Emán, Alejandro Jodorowski, Ednodio Quintero, Guillermo Samperio, Armando José Sequera, Ana María Shúa, Luisa Valenzuela, etc.

Algunos especialistas en este tipo de discurso, como David Lagmanovich y Lauro Zavala, establecen una distinción entre un microtexto y un micro-relato o una minificción. De acuerdo a David Lagmanovich, el *microtexto* es un texto brevísimo que no se adhiere a las leyes tradicionales del cuento, a su esquema narrativo básico. No ofrece una peripecia narrativa donde exista una relación entre personaje, acción y tiempo-lugar. El *micro-relato* o *microcuento*, en cambio, adopta las leyes genéricas del cuento, intensificando o comprimiendo sus componentes, y a veces apelando a la comprensión del lector para completar su sentido, con un elemento velado o levemente aludido. Este sería el caso, por ejemplo, de textos donde no se cuenta el final, pero ese desenlace está implícito en alguna de las secuencias del relato.³

² Cf. Juan Armando Epple. "La minificción y la crítica". Nogueroles, Francisca, ed. *Escritos disconformes. Nuevos modelos de lectura*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2004: 15-24.

³ David Lagmanovich. *Microrrelatos*. Buenos Aires-Tucumán: Cuadernos de Norte y Sur, 2003.

Entre los rasgos que distinguen el microcuento contemporáneo podríamos señalar:

- a) Su extrema condensación narrativa. Sobre la extensión formal del microcuento hay distintas opiniones, que van de un texto de pocas líneas, una página, hasta tres o cuatro páginas.
- b) La fragmentación de la unidad narrativa. Hay elementos de la peripecia que quedan fuera de la expresión verbal, y son únicamente aludidos o sugeridos.
- c) Su estructura abierta. En relación con lo anterior, el relato exige un lector participativo que, además de su familiaridad con la literatura, sepa completar o inferir el sentido de lo narrado. En algunos casos el lector es interpelado a proponerle una conclusión al relato.
- d) Su apoyo en la intertextualidad. Muchas veces el texto tiene como base una historia o un *hipotexto* que se supone conocido por el lector, y que sirve de referente básico en el cual se apoya la propuesta creativa. Por ello la mayor parte de los microcuentos se basan en tradiciones narrativas identificables en el repertorio cultural más amplio, como la mitología grecolatina, la Biblia, el cuento de hadas, o los clásicos (Cervantes, Shakespeare, etc.)
- e) Su condición transgénérica. El microcuento incorpora elementos expresivos vinculados tradicionalmente a otros géneros, como la lírica, el ensayo, el texto dramático, etc. Esto le da una marcada fluidez semiótica, pero a la vez justifica que algunos textos se hayan considerado indistintamente como pertenecientes a otros géneros.
- f) La predilección por el tratamiento paródico o irónico del tema narrado. Este rasgo se correlaciona con las cuatro categorías precedentes. Uno de sus objetivos, vinculado

a cierta actitud escéptica de la cultura contemporánea y a esa predisposición posmoderna de cuestionar la validez de los discursos sociales y culturales, es *transgredir* o *subvertir* los modelos discursivos de la tradición. Esta actitud lleva incluso al acto parricida de parodiar o ironizar textos que se han considerado modelos del propio microcuento, como ha ocurrido por ejemplo con el conocido y emblemático texto de Augusto Monterroso “El dinosaurio”. El libro de Lauro Zavala *El dinosaurio anotado. Edición crítica de “El dinosaurio” de Augusto Monterroso* (México: Alfaguara, 2001) recopila cerca de un centenar de textos basados en el famoso relato de Monterroso.

Ramón Fabián Vique ha destacado la preferencia por acudir al Quijote para establecer juegos meta-textuales donde el texto cervantino se reinscribe en una situación contemporánea al lector y reformula ciertos episodios memorables. Respecto a la posibilidad de encontrar en el Quijote mismo algún antecedente de la ficción brevísima, señala que si bien solo se detectan algunos cuentos vinculados a la tradición oral, al menos se alude al requisito de la brevedad y la condensación como rasgos que serán atributos del cuento moderno:

El primer fragmento corresponde al Capítulo IL de la Segunda parte; Sancho comenta: “Por cierto, señores, que esta ha sido una gran rapacería, y para contar esta necesidad y atrevimiento no eran menester tantas largas ni tantas lágrimas y suspiros; que con decir: “Somos fulano y fulana, que nos salimos a espaciar de casa de nuestros padres con esta invención, solo por curiosidad, sin otro designio alguno”, se acababa el cuento, y no gemidos, y lloramicos, y darle.” El escudero elogia la concisión frente al ornamento. Es cierto que en el género que nos ocupa hay bastante de concisión, pero el rasgo fundamental es la elipsis. Una minificción es tal no tanto por lo que dice como por lo que sugiere. Sancho

afirma que los sucesos deben narrarse en la medida justa. De esta afirmación, sumada a la escasez de relatos mínimos que se puedan recortar, podemos inferir que en el mundo del Quijote, la narración hiperbreve puede tener el único mérito de narrar con justeza y sin exceso sucesos breves”.⁴

En el repertorio de minificciones basadas en el Quijote se pueden discernir varias correspondencias temáticas y de perspectivas enunciativas. En primer lugar, hay un claro predominio de personajes que tenían una figuración un tanto secundaria en la novela cervantina, a excepción de Sancho Panza, y que aquí aparecen como figuras protagónicas postulando versiones diferentes de la realidad codificada en el texto matriz. Estas interpelaciones al texto clásico, lejos de cuestionarlo, contribuyen a resaltar su base polisémica: nos indican que en el Quijote en realidad se dice más de lo que está escrito, que su reconocido perspectivismo faculta nuevas lecturas.

Un tema recurrente es la reivindicación de Cide Hamete Benengeli como el verdadero autor de la obra. Este motivo, especialmente en las conjeturas borgianas, revalidan el poder de la imaginación y su capacidad de mimetizar el orden de la ficción en la percepción de la realidad, encubriendo el entramado ficcional de nuestras representaciones del mundo.

En los textos borgianos, que como sabemos difuminan las fronteras entre la ficción y la especulación ensayística, Cide Hamete representa el origen mítico de la palabra creadora y la voluntad imaginativa que faculta la permanencia de la obra a través de los tiempos.

Junto a Cide Hamete, los otros personajes que son reinterpretados y revalorados protagónicamente son aquellas fi-

⁴ Ramón Fabián Vique. “Minificciones quijotesas”. *El cuento en red 9* (2004) [www.cuentoenred.org]

guras que gravitaban en torno a la voluntad imaginista de don Quijote, como Sancho Panza, Aldonza Lorenzo y esa contrafigura idealizada que es Dulcinea del Toboso.

Frank Kafka, en su microrrelato “La verdad sobre Sancho Panza” escrito alrededor de 1920 pero publicado en 1955, presenta a Sancho Panza como el creador de las aventuras quijotescas, al corporizar en un alter ego sus obsesiones y fantasías convertidas en literatura.⁵ Una perspectiva similar ofrece José Emilio Pacheco en su relato “En un lugar de la Mancha”.

Pero sin duda las figuras que concitan más la atención de los escritores de minificciones son tres mujeres: Aldonza Lorenzo, Dulcinea del Toboso y Teresa Panza. Las protagonistas femeninas, en su mayor parte, reinterpretan las motivaciones de los personajes masculinos, invocan omisiones y postulan perspectivas diferentes sobre la naturaleza del amor y del amor convertido en fantasía sublimadora.

En varios de estos textos se interpela la tradición de lectura idealista de la novela para reafirmar, a veces con datos ya aludidos en el Quijote, la vitalidad de las pasiones como uno de los sedimentos soterrados que a la vez movilizan y encubren la “verdad” novelesca. El punto de arranque de estas reescrituras es la convicción de que en estos personajes hay una voluntad de existencia y expresión que desborda

⁵ Sancho Panza, que, por cierto, jamás se vanaglorió de ello, logró a lo largo de los años, durante las horas del atardecer y de la noche, alejar de sí a su demonio, al que luego daría el nombre de don Quijote, redactando una enorme cantidad de novelas de caballería y de bandoleros con las que lo distrajo, de tal forma que después este se lanzó sin freno a las gestas más alocadas, las cuales, por faltarles su ejecutor predeterminado, que tenía que haber sido precisamente Sancho Panza, no perjudicaron a nadie. Quizás llevado por un cierto sentido de la responsabilidad, Sancho Panza, un hombre libre, acompañó impasible a don Quijote en sus andanzas, y obtuvo así un enorme y provechoso entretenimiento hasta el final de sus días. (Traducción de Pedro Gálvez)

los límites narrativos impuestos por el propio Cervantes. Es sorprendente, por ejemplo, que sea Sancho Panza quien vaticinara la fama y las evocaciones gráficas que ha alcanzado hoy la novela: “Yo apostaré [...] que antes de mucho tiempo no ha de haber bodegón, venta ni mesón, o tienda de barbero, donde no ande pintada la historia de nuestras hazañas.”⁶

Finalmente, hay una serie de textos que actualizan históricamente la figura de don Quijote para confrontar situaciones modernas, o presentan los efectos de la lectura en el personaje contemporáneo, ya sea como deuda o como ejemplo ético. Ya Rubén Darío, en su relato “D.Q.”, revive al viejo hidalgo en una gesta española en tierras americanas, cuando se apresta a sacrificar su vida en defensa de los ideales hispanos frente al avance de las tropas norteamericanas. El escritor chileno Andrés Gallardo, autor de una serie de minificiones cervantinas, describe con un dejo irónico una serie de situaciones contemporáneas donde prevalece la confusión entre realidad y fantasía, y donde las lecturas del Quijote contribuyen a legitimar el estatuto ficticio o especulativo de la identidad.

Pero las minificiones no se proponen reinterpretar la obra original, sino intervenir en su lectura y resemantizar episodios para ampliar su radio de significaciones. Con ellos los autores reconocen en el Quijote una matriz fundacional de la literatura, una fuente inagotable que sigue interpelando la imaginación contemporánea.

La primera edición de esta antología fue publicada en el 2005. Esta nueva edición revisada incorpora nuevos textos, en su mayoría inéditos.

JUAN ARMANDO EPPLE

⁶ Capítulo LXXI (Segunda parte, 1615) “De lo que a don Quijote le sucedió con su escudero Sancho yendo a su aldea.”

MicroQuijotes 2



© Ricardo Badtke Epple, "La derrota".

Rubén Darío

D.Q.

I

Estábamos de guarnición cerca de Santiago de Cuba. Había llovido esa noche; no obstante el calor era excesivo. Aguardábamos la llegada de una compañía de la nueva fuerza venida de España para abandonar aquel paraje en que nos moríamos de hambre, sin luchar, llenos de desesperación y de ira. La compañía debía llegar esa misma noche, según el aviso recibido. Como el calor arreciase y el sueño no quisiese darme reposo, salí a respirar fuera de la carpa. Pasada la lluvia, el cielo se había despejado un tanto y en el fondo oscuro brillaban algunas estrellas. Di suelta a la nube de tristes ideas que se aglomeraban en mi cerebro. Pensé en tantas cosas que estaban allá lejos; en la perra suerte que nos perseguía; en que quizá Dios podría dar un nuevo rumbo a su látigo y nosotros entrar en una nueva vía, en una rápida revancha. En tantas cosas pensaba...

¿Cuánto tiempo pasó? Las estrellas sé que poco a poco fueron palideciendo; un aire que refrescó el campo todo sopló del lado de la aurora y esta inició su aparecimiento, entre tanto que una diana que no sé por qué llegaba a mis oídos como llena de tristeza, regó sus notas matinales. Poco tiempo después se anunció que la compañía se acercaba. En efecto, no tardó en llegar a nosotros.

Y los saludos de nuestros camaradas y los nuestros se mezclaron fraternizando en el nuevo sol. Momentos después hablábamos con los compañeros. Nos traían noticias de la patria. Sabían los estragos de las últimas batallas. Como nosotros estaban desolados, pero con el deseo quemante de luchar, de agitarse en una furia de venganza, de hacer todo el daño posible al enemigo. Todos éramos jóvenes y bizarros, menos uno; todos nos buscaban para comunicar con nosotros o para conversar, menos uno. Nos traían provisiones que fueron repartidas. A la hora del rancho, todos nos pusimos a devorar nuestra escasa pitanza, menos uno. Tendría como cincuenta años, mas también podía haber tenido trescientos. Su mirada triste parecía penetrar hasta lo hondo de nuestras almas y *decirnos cosas de siglos*. Alguna vez que se le dirigía la palabra, casi no contestaba; sonreía melancólicamente; se aislaba, buscaba la soledad; miraba hacia el fondo del horizonte, por el lado del mar. Era el abanderado. ¿Cómo se llamaba? No oí su nombre nunca.

II

El capellán nos dijo dos días después:

—Creo que no nos darán la orden de partir todavía. La gente se desespera de deseos de pelear. Tenemos algunos enfermos. Por fin ¿cuándo veríamos llenarse de gloria nuestra pobre y santa bandera? A propósito: ¿Ha visto usted al abanderado? Se desvive por socorrer a los enfermos. Él no come; lleva lo suyo a los otros. He hablado con él. Es un hombre milagroso y extraño. Parece bravo y nobilísimo de corazón. Me ha hablado de sueños irrealizables. Cree que dentro de poco estaremos en Washington y que se izará nuestra bandera en el Capitolio, como lo dijo el obispo en su brindis. Le han apenado las últimas desgracias; pero confía en algo desconocido que nos ha de amparar; confía en Santiago; en la nobleza de nuestra raza, en la justicia de nuestra causa. ¿Sabe usted? Los otros seres le hacen burlas, se ríen de él. Dicen que debajo del uniforme usa una coraza vieja. Él no les hace caso. Conversando conmigo, suspiraba profundamente, miraba el cielo y el mar. Es un buen hombre en el fondo; paisano mío, manchego.

Cree en Dios y es religioso. También algo poeta. Dicen que por la noche rima redondillas, se las recita solo, en voz baja. Tiene a su bandera un culto casi supersticioso. Se asegura que pasa las noches en vela; por lo menos, nadie le ha visto dormir. ¿Me confesará usted que el abanderado es un hombre original?

—Señor capellán —le dije—, he observado ciertamente algo muy original en ese sujeto, que creo por otra parte, haber visto no sé dónde. ¿Cómo se llama?

—No lo sé —contestóme el sacerdote—. No se me ha ocurrido ver su nombre en la lista. Pero en todas sus cosas hay marcadas dos letras: D.Q.

III

A un paso del punto en donde acampábamos había un abismo. Más allá de la boca rocallosa, solo se veía sombra. Una piedra arrojada rebotaba y no se sentía caer. Era un bello día. El sol caldeaba tropicalmente la atmósfera. Habíamos recibido orden de alistarnos para marchar, y probablemente ese mismo día tendríamos el primer encuentro con las tropas yanquis. En todos los rostros, dorados por el fuego furioso de aquel cielo candente, brillaba el deseo de la sangre y de la victoria. Todo estaba listo para la partida, el clarín había trazado en el aire su signo de oro. Íbamos a caminar cuando un oficial, a todo galope, apareció por un recodo. Llamó a nuestro jefe, y habló con él misteriosamente. ¿Cómo os diré que fue aquello? Jamás habéis sido aplastados por la cúpula de un templo que haya elevado vuestra esperanza? ¿Jamás habéis padecido viendo que asesinaban delante de vosotros a vuestra madre? Aquella fue la más horrible desolación. Era *la noticia*. Estábamos perdidos, perdidos sin remedio. No lucharíamos más. Debíamos entregarnos como prisioneros, como vencidos. Cervera estaba en poder del yanqui. La escuadra se la había tragado el mar, la habían despedazado los cañones de Norte América. *No quedaba ya nada de España en el mundo que ella descubriera*. Debíamos dar al enemigo vencedor las armas, y todo; y el enemigo apareció, en la forma de un gran diablo rubio, de cabellos lacios, barba de chivo, oficial de los Estados Unidos, seguido de una es-

colta de cazadores de ojos azules. Y la horrible escena comenzó. Las espadas se entregaron; los fusiles también... Unos soldados juraban; otros palidecían, con los ojos húmedos de lágrimas, estallando de indignación y de vergüenza. Y la bandera... Cuando llegó el momento de la bandera, se vio una cosa que puso en todos el espanto glorioso de una inesperada maravilla. Aquel hombre extraño, que miraba profundamente con una mirada de siglos, con su bandera amarilla y roja, dándonos una mirada de la más amarga despedida, sin que nadie se atreviese a tocarle, fuese paso a paso al abismo y se arrojó en él. Todavía de lo negro del precipicio, devolvieron las rocas un ruido metálico, como el de una armadura.

IV

El señor capellán cavilaba tiempo después:

—“D. Q.”... De pronto, creí aclarar el enigma. Aquella fisonomía, ciertamente, no me era desconocida.

—D. Q. —le dije— está retratado en este viejo libro: Escuchad. “Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años; era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza. Quieren decir que tenía el sobrenombre de Quijada o Quesada —que en esto hay alguna diferencia en los autores que de este caso escriben—, aunque por conjeturas verosímiles se deja entender que se llamaba Quijano.”

Juan José Arreola

Teoría de Dulcinea

En un lugar solitario cuyo nombre no viene al caso hubo un hombre que se pasó la vida eludiendo a la mujer concreta.

Prefirió el goce manual de la lectura, y se congratulaba eficazmente cada vez que un caballero andante embestía a fondo uno de esos vagos fantasmas femeninos, hechos de virtudes y faldas superpuestas, que aguardan al héroe después de cuatrocientas páginas de patrañas, embustes y despropósitos.

En el umbral de la vejez, una mujer de carne y hueso puso sitio al anacoreta en su cueva. Con cualquier pretexto entraba al aposento y lo invadía con un fuerte aroma de sudor y de lana, de joven mujer campesina recalentada por el sol.

El caballero perdió la cabeza, pero lejos de atrapar a la que tenía enfrente, se echó en pos, a través de páginas y páginas, de un pomposo engendro de fantasía.

Caminó muchas leguas, alanceó corderos y molinos, desbarbó unas cuantas encinas y dio tres o cuatro zapatetas en el aire.

Al volver de la búsqueda infructuosa, la muerte le aguardaba en la puerta de su casa. Solo tuvo tiempo para dictar un testamento cavernoso, desde el fondo de su alma reseca.

Pero un rostro polvoriento de pastora se lavó con lágrimas verdaderas, y tuvo un destello inútil ante la tumba del caballero demente.

Jorge Luis Borges

Parábola de Cervantes y de Quijote

Harto de su tierra de España, un viejo soldado del rey buscó solaz en las vastas geografías de Ariosto, en aquel valle de la luna donde está el tiempo que malgastan los sueños y en el ídolo de oro de Mahoma que robó Montalbán.

En mansa burla de sí mismo, ideó un hombre crédulo que, perturbado por la lectura de maravillas, dio en buscar proezas y encantamientos en lugares prosaicos que se llamaban El Toboso o Montiel.

Vencido por la realidad, por España, don Quijote murió en su aldea natal hacia 1614. Poco tiempo lo sobrevivió Miguel de Cervantes.

Para los dos, para el soñador y el soñado, toda esa trama fue la oposición de dos mundos: el mundo irreal de los libros de caballerías, el mundo cotidiano y común del siglo XVII.

No sospecharon que los años acabarían por limar la discordia, no sospecharon que la Mancha y Montiel y la magra figura del caballero serían, para el porvenir, no menos poéticas que las etapas de Simbad o que las vastas geografías de Ariosto.

Porque en el principio de la literatura está el mito, y asimismo en el fin.

El acto del libro

Entre los libros de la biblioteca había uno, escrito en lengua Árábiga, que un soldado adquirió por unas monedas en el Alcana de Toledo y que los orientalistas ignoran, salvo en la versión castellana. Ese libro era mágico y registraba de manera profética los hechos y palabras de un hombre desde la edad de cincuenta años hasta el día de su muerte, que ocurriría en 1614.

Nadie dará con aquel libro, que pereció en la famosa conflagración que ordenaron un cura y un barbero, amigo personal del soldado, como se lee en el sexto capítulo.

El hombre tuvo el libro en las manos y no lo leyó nunca, pero cumplió minuciosamente el destino que había soñado el árabe y seguirá cumpliéndolo siempre, porque su aventura ya es parte de la larga memoria de los pueblos.

¿Acaso es más extraña esta fantasía que la predestinación del Islam que postula un Dios, o que el libre albedrío, que nos da la terrible potestad de elegir el infierno?

Un problema

*I*maginemos que en Toledo se descubre un papel con un texto arábigo y que los paleógrafos lo declaran de puño y letra de aquel Cide Hamete Benengeli de quien Cervantes derivó el *Don Quijote*. En el texto leemos que el héroe (que, como es fama, recorría los caminos de España, armado de espada y de lanza, y desafiaba por cualquier motivo a cualquiera) descubre, al cabo de uno de sus muchos combates, que ha dado muerte a un hombre. En este punto cesa el fragmento; el problema es adivinar, o conjeturar, cómo reacciona don Quijote.

Que yo sepa, hay tres contestaciones posibles. La primera es de índole negativa; nada especial ocurre, porque en el mundo alucinatorio de don Quijote la muerte no es menos común que la magia y haber matado a un hombre no tiene por qué perturbar a quien se bate, o cree batirse, con endriagos y encantadores. La segunda es patética. Don Quijote no logró jamás olvidar que era una proyección de Alonso Quijano, lector de historias fabulosas; ver la muerte, comprender que un sueño lo ha llevado a la culpa de Caín, lo despierta de su consentida locura acaso para siempre. La tercera es quizá la más verosímil. Muerto aquel hombre, don Quijote no puede admitir que el acto tremendo es obra de un delirio; la realidad del efecto le hace presuponer una pareja realidad de la causa y don Quijote no saldrá nunca de su locura.

Queda otra conjetura, que es ajena al orbe español y aún al orbe del Occidente y requiere un ámbito más antiguo, más complejo y más fatigado. Don Quijote —que ya no es don Quijote sino un rey de los ciclos del Indostán— intuye ante el cadáver del enemigo que matar y engendrar son actos divinos o mágicos que notoriamente trascienden la condición humana. Sabe que el muerto es ilusorio como lo son la espada sangrienta que le pesa en la mano y él mismo y toda su vida pretérita y los vastos dioses y el universo.

Enrique Anderson Imbert

La cueva de Montesinos

Soñó don Quijote que llegaba a un transparente alcázar y Montesinos en persona —blancas barbas, majestuoso continente— le abría las puertas. Solo que cuando Montesinos fue a hablar don Quijote despertó. Tres noches seguidas soñó lo mismo, y siempre despertaba antes de que Montesinos tuviera tiempo de dirigirle la palabra.

Poco después, al descender don Quijote por una cueva, el corazón le dio un vuelco de alegría: ahí estaba nada menos que el alcázar con el que había soñado. Abrió las puertas un venerable anciano al que reconoció inmediatamente: era Montesinos.

—¿Me dejarás pasar? —preguntó don Quijote.

—Yo sí, de mil amores —contestó Montesinos con aire dudoso—, pero como tienes el hábito de desvanecerte cada vez que voy a invitarte...

Marco Denevi

*Proposición sobre las verdaderas causas
de la locura de don Quijote*

Don Quijote, enamorado como un niño de Dulcinea del Toboso, iba a casarse con ella. Las vísperas de la boda, la novia le mostró su ajuar, en cada una de cuyas piezas había bordado su monograma. Cuando el caballero vio todas aquellas prendas íntimas marcadas con las tres iniciales atroces, perdió la razón.

Don Quijote cuerdo

*E*l único momento en que Sancho Panza no dudó de la cordura de don Quijote fue cuando lo nombraron (a él, a Sancho) gobernador de la ínsula Barataria.

Dulcinea del Toboso

Vivía en El Toboso una moza llamada Aldonza Lorenzo, hija de Lorenzo Corchuelo y de Francisca Nogales. Como hubiese leído novelas de caballería, porque era muy alfabeta, acabó perdiendo la razón. Se hacía llamar Dulcinea del Toboso, mandaba que en su presencia las gentes se arrodillasen y le besaran la mano, se creía joven y hermosa pero tenía treinta años y pozos de viruelas en la cara. Se inventó un galán a quien dio el nombre de don Quijote de la Mancha. Decía que don Quijote había partido hacia lejanos reinos en busca de lances y aventuras, al modo de Amadís de Gaula y de Tirante el Blanco, para hacer méritos antes de casarse con ella. Se pasaba todo el día asomada a la ventana aguardando el regreso de su enamorado. Un hidalgo de los alrededores, un tal Alonso Quijano, que a pesar de las viruelas estaba prendado de Aldonza, ideó hacerse pasar por don Quijote. Vistió una vieja armadura, montó en su rocín y salió a los caminos a repetir las hazañas del imaginario don Quijote. Cuando, confiando en su ardid, fue al Toboso y se presentó delante de Dulcinea, Aldonza Lorenzo había muerto.

Realismo femenino

*T*eresa Panza, la mujer de Sancho Panza, estaba convencida de que su marido era un botarate porque abandonaba hogar y familia para correr locas aventuras en compañía de otro aún más chiflado que él. Pero cuando a Sancho lo hicieron (en broma, según después se supo) gobernador de Barataria, Teresa Panza infló el buche y exclamó: ¡Honor al mérito!

La mujer ideal no existe

Sancho Panza repitió, palabra por palabra, la descripción que el difunto don Quijote le había hecho de Dulcinea.

Verde de envidia, Dulcinea mascullo:

—Conozco a todas las mujeres del Toboso. Y le puedo asegurar que no hay ninguna que se parezca ni remotamente a esa que usted dice.

Crueldad de Cervantes

En el primer párrafo del Quijote dice Cervantes que el hidalgo vivía con un ama, una sobrina y un mozo de campo y plaza. A lo largo de toda la novela este mozo espera que Cervantes vuelva a hablar de él. Pero al cabo de dos partes, ciento veintiséis capítulos y más de mil páginas la novela concluye y del mozo de campo y plaza Cervantes no agrega una palabra más.

Epidemia de Dulcineas en el Toboso

El peligro está en que, más tarde o más temprano, la noticia llegue al Toboso. Llegará convertida en la fantástica historia de un joven apuesto y rico que, perdidamente enamorado de una dama tobosina, ha tenido la ocurrencia (para algunos, la locura) de hacerse caballero andante.

Las versiones, orales y disímiles, dirán que don Quijote se ha prendado de la dama sin haberla visto sino una sola vez y desde lejos. Y que, ignorando cómo se llama, le ha dado el nombre de Dulcinea. También dirán que en cualquier momento vendrá al Toboso a pedir la mano de Dulcinea.

Entonces las mujeres del Toboso adoptan un aire lánguido, ademanes de princesa, expresiones soñadoras, posturas hieráticas. Se les da por leer poemas de un romanticismo exacerbado. Si llaman a la puerta sufren un soponcio. Andan todo el santo día vestidas de lo mejor. Bordan ajuares infinitos. Algunas aprenden a cantar o a tocar el piano. Y todas, hasta las más feas, se miran en el espejo y hacen caras.

No quieren casarse. Rechazan ventajosas propuestas de matrimonio. Frunciendo la boca y mirando lejos, le dicen al candidato: «Disculpe, estoy comprometida con otro». Si sus padres les preguntan a qué se debe esa actitud, responden: «No pretenderán

que me case con un cualquiera». Y añaden: «Felizmente no todos los hombres son iguales».

Cuando alguien narra en su presencia la última aventura de don Quijote, tienen crisis histéricas de hilaridad o de llanto. Ese día no comen y esa noche no duermen. Pero el tiempo pasa, don Quijote no aparece y las mujeres del Toboso han empezado a envejecer. Sin embargo, siguen bordando los ajuares y mirándose en el espejo. Han llegado al extremo de leer el libro de Cervantes y juzgarlo un libelo difamatorio.

Los ardides de la impotencia

Quizá Dulcinea exista, pero don Quijote le hace creer a Sancho lo contrario porque es incapaz de amar a una mujer de carne y hueso.



© Ricardo Badtke Epple, "Alonso Quijano o Quijada".

José Cardona López

*Que trata de la indagatoria al ingenioso
caballero don Miguel*

—¿Lugar?

—De la Mancha.

—¿Nombre?

—No quiero acordarme.

—¿Por qué?

—No sé. No quiero.

—¿Apellido?

—Hidalgo.

—¿De cuáles?

—De los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor...

—Gracias, eso es todo.

—... una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches...

—¡Basta! ¡Basta!

—... algún palomino de añadidura los domingos...

—¡Basta! ¡BAS-TA! Que siga el próximo caballero.

José de la Colina

Cervantes

*E*n sueños, su mano tullida escribía el Antiquijote.

Raúl Renán

De cómo una vaca pinta ocupa la cátedra de literatura española en la universidad

Un vaquero del rancho «Quijano», encargado de darle pienso al ganado (llenar los bebederos de agua y los comederos de granos y paja) dejó un día, precisamente sobre los forrajes que acababa de servir, su ejemplar de *Don Quijote* que leía y releía en sus cortos ocios y regresó a la casa del rancho sin reparar en el olvido. En el corral la vaca pinta, engullendo la pastura, mordió las hojas del libro y en el bolo alimenticio se mezcló el genio de Cervantes. A la vaca le supo tan bien que no cesó de rumiarlo horas y horas. Con tanta lectura tragada y digerida, es natural que la vaca pinta participara, a poco, en la oposición para ocupar la cátedra de literatura española que ahora sustenta.

Andrés Gallardo

La memoria pertinaz

Cuando Herminio Labraña Duarte entró en la biblioteca de la Escuela Normal de Victoria, sufrió una impresión que marcó su vida. Viendo tanto estante donde se acumulaba tanto libro entendió que jamás iba a poder leerlos todos y ahí mismo se propuso un plan de lectura selectiva, dejando de lado todo afán abarcador. Pronto se dio cuenta de que no iba a alcanzar a leer todas las novelas de la biblioteca. Entonces optó por un plan drástico de lectura en profundidad, y fue que decidió leer un solo libro. El elegido fue *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Durante cuarenta años, en la tranquilidad de Curacautín, don Herminio memorizó capítulo tras capítulo de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, sin darse tiempo para otras actividades. Solo al llegar a la última página, don Herminio algo presintió. Esto lo sabemos porque su señora lo encontró inclinado sobre el libro abierto, sosteniendo todavía en la mano crispada el lápiz rojo con que había subrayado el párrafo de la dedicatoria de la Segunda Parte, donde Miguel de Cervantes promete al conde de Lemos una extensa novela de aventuras que se llamaría *Los trabajos de Persiles y Segismunda*.

La súbita reconsideración

El hecho es que Adalberto Mendoza dijo «me carga el Quijote» y, consciente de su contradicción, dijo «no pienso leerlo», lo que podría haberse tomado como rebeldía juvenil si no fuera porque Adalberto ya estaba bien maduro, ya era bien conocido como profesor de literatura en la Universidad de Georgetown y seguía diciendo «me carga el Quijote», diciendo «no pienso leerlo», de modo, en último término, majadero, porque ¿a quién le importaba demasiado?, fuera de que también se dice que no hay que decir «de esta agua no beberé»; y si no que lo diga el propio Adalberto, desesperado, leyendo a mata caballo, en voz alta para estar más seguro, hasta que la voz se le quebró sin remedio apenas en el capítulo undécimo de la primera parte, ahí donde don Quijote evoca ante los atentos cabreros la edad dorada aquella, mientras Sancho callaba y comía bellotas.

La colección

A propósito de don Quijote, recordamos a don Amancio Garay Barría, natural de Curaco de Vélez, quien siendo casi un niño empezó a juntar ediciones de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* con la esperanza de leer alguna algún día; «algún día estaré preparado para leer este monumento literario», decía don Amancio, y seguía coleccionando ediciones de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Solo dejó de coleccionarlas a raíz de su sensible fallecimiento. Resulta inexplicablemente triste anotar que don Amancio Garay Barría falleció sin haberse creído digno de leer ninguna de sus ediciones de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*.

La lectura póstuma

Digno es de mencionarse el caso de don Lizardo Barría, natural de Chonchi, quien fue más allá que su pariente de Curaco de Vélez don Amancio Barría en lo que concierne a planificación lectora. Don Lizardo tomó un día un ejemplar bien empastado de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, dijo «esta será mi lectura póstuma» y se dedicó a otras lecturas, a otras urgencias.

Pasó el tiempo. Llegó el momento de la muerte. Don Lizardo, hombre justo y entero, la recibió con dignidad. Tomó su libro, dijo, «ahora, a leer con calma», expiró tan campante y dejó a sus deudos sumidos en sentimientos encontrados.

*Parábola de la literatura, la locura,
la cordura y la ventura*

Cierto hidalgo cincuentón dio en el más extraño pensamiento en que jamás dio hidalgo alguno en Ñipas, y fue que un día amaneció tan tranquilo diciendo que él era don Quijote de la Mancha y, en efecto, se puso a hacer y decir las cosas que hacía y decía don Quijote de la Mancha (eso sí que solo, pues parece que Ñipas no daba para Sancho Panza). Pasó el tiempo e inevitablemente llegó la hora de la muerte y de la cordura. El hidalgo cayó en un profundo sueño y al despertar dijo «bueno, se acabó, ya no hay don Quijote; yo soy Alonso Quijano, a quien mis costumbres me dieron renombre de bueno», después de lo cual se sumió en otro sueño. Pronto despertó; esta vez dijo «basta de locura, yo soy Ignacio Rodríguez Almonacid y no hay más leña que la que arde» y cayó nuevamente en profundo sopor. Al cabo de unas horas despertó como asombrado, miró alrededor, dijo «después de todo, quién es uno» y ahora sí que cayó en un sueño definitivo, dejando alterado para siempre el concepto de identidad personal en Ñipas.

Augusto Monterroso

Manuscrito encontrado junto a un cráneo en las afueras de San Blas, S.B., durante las excavaciones realizadas en los años setenta en busca del llamado Cofre, o Filón

*A*lgunas noches, agitado, sueño la pesadilla de que Cervantes es mejor escritor que yo; pero llega la mañana, y despierto.



© Ricardo Badtke Epple, "Lecho de muerte".

Alba Omil

La postrera aventura de Alonso Quijano

*A*lonso Quijano en su lecho de enfermo tiene los ojos cerrados y un rictus raro en la boca.

Sobre su cabeza flota una nube donde, en extraña armonía, se mueven jayanes, endriagos, magos, caballeros, damas, venteros y mujeres del camino.

Cuando por la ventana ingresa leve, levemente, Dulcinea –sueño y humo– el hidalgo parece sonreír. Luego exhala un suspiro.

Solloza Sancho y desgrana un rosario el ama.

En la ventana se desdibuja un Rocinante alado, con el bravo caballero de monta y una princesa en la grupa –apenas sueño y humo– por el aire, hacia los claros cielos del Toboso, donde está su reino.

José Emilio Pacheco

En un lugar de la Mancha

Lo cual me recuerda –dijo un tercero– la historia de aquel porquerizo en un lugar de la Mancha. Había aprendido a leer y mitigaba el tedio de la aldea repasando viejas novelas. A fuerza de rehacer en la imaginación sueños ajenos acabó por creerse un caballero andante que iba de un lado a otro de la España corrompida por el oro de Indias.

El porquerizo escribió su delirio como pudo. Había conocido gracias a su trabajo a un recolector de provisiones para la Armada Invencible. Al saber que Cervantes se hallaba preso, le regaló su manuscrito. Si lo encontraba digno de la imprenta quizá al dejar la cárcel podría comer gracias al libro. Sentía afecto por el viejo que en años lejanos había intentado ser poeta, novelista, dramaturgo. Cervantes entretuvo las horas de su prisión reescribiendo los papeles de su amigo. Sancho Panza murió en 1599, sin recordar su obra ni al prisionero. Siete años después Cervantes publicó al fin la novela. Noble y honrado como era, la atribuyó a un inexistente historiador árabe, Cide Hamete Benengeli, y dio el nombre de Sancho al escudero del Quijote.

A. White

[En resolución]

En resolución, don Pedro se enfrascó tanto en la lectura del *Quijote* que del poco dormir y del mucho releerlo se le secó el cerebro, de manera que vino a perder el juicio, dando en el más extraño pensamiento que dio loco en el mundo: decidió proseguir, por los desmontes de su tierra, las hazañas del caballero cervantino.

Ana María Shua

Máquina del tiempo

A través de este instrumento rudimentario, descubierto casi por azar, es posible entrever ciertas escenas del futuro, como quien espía por una cerradura. La simplicidad del equipo y ciertos indicios históricos nos permiten suponer que no hemos sido los primeros en hacer este hallazgo. Así podría haber conocido Cervantes, antes de componer su Quijote, la obra completa de nuestro contemporáneo Pierre Menard.

Ana María Mopty de Kiorcheff

El flaco

Iban recorriendo las extensas avenidas donde fríos edificios repetían su fachada a cada paso. Querían alcanzar algún semáforo, un vehículo, un hombre; pero el reiterado trinar de las bocinas y el palpar anhelante de las ruedas lo impedían.

Los dos hombres se sintieron cansados, desfallecientes, sofocados; sin embargo algunos conductores casi pudieron percibirlos. Fue entonces cuando propuso el flaco:

—Vamos, Sancho, que aquí no podrán vernos ni oír nuestras palabras.

Pablo Montoya Campuzano

Alonso Quijano

Estas no son comarcas de castillos. Tampoco reinos donde se reclamen mi voz y mi espada. La muchacha de la aldea ya no está. Atrás no escucho la palabra fiel del escudero. Lo que hay aquí es una bicicleta, bajo una luz huérfana de fuego. Así se llama, porque un hombre nos ha dicho. Se ha metido las manos en sus ropas raras y ha repetido, ausente, esto es una bicicleta. Y ha seguido sin preguntarnos por nuestro rumbo, sin siquiera mirarnos. Es mejor así. Acaso yo no hubiera podido responderle. La luz hostiga y le digo a Rocinante que continuemos. Como una exhalación, nuestras sombras se dispersan en la noche.

Carlos M. Gutiérrez

Viento del sur

...nos, in quos finis saeculorum deuenit.
San Pablo, I Ep. ad Cor., X, 11.

*A*l volver la cabeza, Don Quijote vio cómo se perdía, tras la línea del horizonte y en medio del fragor del combate, el país donde nunca más había de volver. Mortalmente herido por un mes de julio que se había abierto paso a zarpazos, a Don Quijote ya no le quedaba sino buscar un lugar lo suficientemente anónimo como para que albergara su desazón. Comenzó entonces una trahumancia confusa y sin rumbo, en la que nostalgia y pesadumbre lo tuvieron consumido y derrotado como nunca antes recordaba haberlo estado.

Atravesó Europa como una sombra barrida por el viento, buscando un trozo de mundo que no le fuera doloroso y ajeno. En febriles jornadas fatigó Asia, África y América; dobló el Cabo de Hornos y el de Buena Esperanza; siguió las huellas de Colón, de Cook, de Elcano, de Urdaneta, del *Spirit of Saint Louis*, del *Beagle* y del *Plus Ultra*; buscó Eldorado, la Atlántida, la tierra de las amazonas, al Preste Juan de las Indias, el oro de California y de Australia y la piedra filosofal.

Llegó un día en el que, errabundo y abatido, dejó que se fueran consumiendo las horas y los días, perdido en alguna parcela

de sus recuerdos; buscando alguna certeza pasada a la que aferrarse, náufrago ya de la Historia.

Los días se sucedían monótonos e inmisericordes; sin comienzo ni fin; sin esperas ni esperanzas.

De repente un día sintió el viento sur; se detuvo y recordó. Recordó a Sancho, arrebatado por una única ola, furibunda y rabiosa, frente a Cádiz, en una fecha lejana ya y dolorosa, y este recuerdo le hizo gritar su nombre, pero solo obtuvo un eco inerte y mezquino. Recordó también el amor, como fiebre pasajera vencida por el tiempo y la pena, mientras el viento le acercaba aromas cercanos y familiares, mezclados con el olor de la tierra ensangrentada.

Ensimismado como estaba, apenas reparó en un pájaro inmenso, de grandes ojos ciegos y reflejos metálicos que pasó junto a él, sobre el Pacífico. Ni siquiera le sorprendió que poco después volviera a zumbar en sus oídos el aire hueco, artificial y mortecino que dejó tras de sí a la vuelta, aliviado ya del huevo de la muerte.

Casi al mismo tiempo, mientras una ráfaga hirviente y violenta lo atravesaba, dispersándolo para siempre, Don Quijote aún pudo distinguir, entre el olor dulzón de la carne quemada, una naturaleza muerta de relojes blandos; relojes reblandecidos a miles de grados, que aún se obstinaban en marcar las ocho horas y quince minutos del día seis de agosto de mil novecientos cuarenta y cinco.

Fabián Vique

La trabajosa perdurabilidad del Quijote

Muerto Quijano, El Caballero de la Blanca Luna sale a la caza de Avellaneda y otros burladores, acompañado del fiel Sancho. Vencidos los impostores, dejan la quema de los ejemplares en manos del cura y el barbero. Entretanto, los duques y Fernando invierten en loas, panegíricos, traducciones y reimpressiones. Montesinos crea en los lectores la ilusión del texto barroco. El canónigo lo torna legible entre los neoclásicos. Dulcinea lo vuelve romántico, y el cautivo, modernista. Cide Hamete Benengeli lo distribuye secretamente entre los vanguardistas. Ginés de Pasamonte lo representa como obra surrealista o neo-realista. Altisidora dicta conferencias bajo el título «El Quijote, pastiche postmoderno». La sobrina, Teresa Panza, Cardenio y los demás, esperan su turno.

Juan Armando Epple

Razones son amores

*A*lonso Quijano, rechazado por la molinera de la aldea, decidió terminar sus días lanzándose contra el molino de viento. Al verlo tan maltrecho el bueno de Sancho, que algo sabía de amores, le puso unas compresas al destartalado hidalgo, inventó la aventura de los gigantes y lo demás es historia conocida.

Nombres propios

Influido por la lejanía o la nostalgia, Sancho le describía a su amo las bondades de una molinera del pueblo, pensando en Teresa. Don Quijote, que bien recordaba a Teresa desde aquella cena de despedida, cuando el bueno de Sancho se quedó dormido abrazado a la armadura que había prometido limpiar, se dedicó a describirle las bondades de Dulcinea del Toboso, esperando que Sancho la identificara con la molinera.

Teresa se extrañaba después cuando, en la efusión amorosa, don Alonso Quijano la llamaba Aldonza, pero entendía que los hombres, cuando viajan muy lejos, no solo extravían la ruta, sino también los nombres.

Don Aldonzo

Cuando don Quijote supo que Aldonza Lorenzo venía a visitarlo, se fingió cuerdo y anunció que desde hoy en adelante se llamaba Alonso Quijano. En los nidos de antaño no hay pájaros de hogaño, dijo. Sancho anunció alarmado que su amo se negaba a salir a correr nuevas aventuras. Pero Aldonza entendió otra cosa.

Enrique Hoyos Olier

Sanchijote

En cuanto se apercibió de nuestra presencia, se nos vino derechamente, y soltó la andanada.

—Válame Dios, si no es vuesa merced el bueno de Angulo el malo. Y ha de andar haciendo comedias por estos pueblos de Dios.

—Así es, amigo Sancho —le respondí, que ya le había reconocido—. Sigo haciendo *La corte de la muerte*, que las comedias que agora se estilan son todas disparates: las hay que necesitan de comento para entenderlas; que ponen la última escena de la tercera jornada al comienzo, luego la segunda de la primera; en fin, Sancho, que me vuelvo loco. Y, vos, Sancho, ¿en qué andáis que parecéis un remedo de vuestro amo?

—Vámonos despacito, Señor Angulo el malo, Sanchijote para vos y toda vuestra alegre compañía. Que en cuanto mi amo dejó este mundo, su sobrina, mi señora, me dejó, no sé si por su mandato, la lanza, la adarga, la celada y el rocín, por lo que colegí que quería que siguiera sus pasos. Y aquí me tenéis, como vos, por estos caminos, deshaciendo entuertos y otras lindezas. Cada cual a lo suyo, vos a las letras y yo a las armas.

Y sin más picó su rocín y se perdió tras una nube de polvo.

Luis Correa-Díaz

Moneda 16

*T*ú, amigo mío, muy en tu siglo xvii instalado, lees –porque eso fue lo tuyo: leer y más leer– en esa vieja moneda que recogiste del suelo nuestra suerte: ves en ella con cierta sorpresa el rostro pétreo de un ciego del xx, entiendes que es el de un hombre que está cansado, mientras yo en la mía palpo tan claramente –esa es la única forma que tengo de buscar la luz de mi ser en los espejos– que soy tú, que en verdad me llamo Alonso Quijano, y leo allí ya sin leer que el autor que haríanos conocer el músico y significativo amor de la sin par Dulcinea es un sueño gastado.

La emperatriz del mundo se confiesa

*A*ldonza siempre tuvo la corazonada de que ese viejo hidalgo —medio *perturbado*, dicen, *por la lectura de maravillas*, cosa que ella no llegaría a hacer nunca, y que la mirara a escondidas, con ojos de león hambriento, no más de *cuatro veces*, según recuerda— la haría famosa, le daría *un nombre músico y peregrino y significativo* y la convertiría en Señora y Soberana no ya de El Toboso, sino de las naciones, y tal vez del cosmos mismo. Pero —y aunque le doliera el solo pensarlo—, sabía con igual certeza que no amaría al hombre por eso. El único consuelo del que, de tanto en tanto, echaba mano era creer que por la misma razón su loco enamorado sería tristemente famoso en los siglos venideros, más que todos los caballeros andantes juntos.

Lilian Elphick

El relincho de Don Quijote

Por esas cosas del destino, Rocinante ha dejado de ser caballo y ahora es un hombre, adarga en brazo, que odia las lentejas los viernes y prefiere los callos de sus propios pies tan andariegos, bien adobados en aceite de oliva y láminas de ajo fresco.

Don Quijote, y esto que voy a decir cae de cajón, sueña con Dulcinea y cuando entra en la fase REM, bate la cola y agita la tusa pelirroja con tanta gracia que los molinos se inclinan en zalemas de agua. Cuando el jamelgo despierta, comienzan los relinchos más lastimeros. Y Rocinante, que hasta ahora solamente le ha dado agua y paja contra el mal de amor, se fija en una yegüita baya que simula ser dama de tomo y lomo.

—Si me hace el favor, vaya a tranquilizar al pobre Don Quijote —inquiére el buen hombre.

La yegua muestra los dientes y la acercanza produce una descarga eléctrica que traspasa al caballo y sus lloros fricativos.

—¿Alonso? —pregunta la yegua. ¿Eres tú?

Don Quijote de la Mancha no sabe qué responder. Mira a Rocinante para pedirle ayuda, pero él está muy ocupado herrando a Dulcinea para largarse pronto de esta historia.

Doble personalidad

— **D**ime Sancho, ¿quién es Don Miguel de Cervantes y Saavedra?

—El autor de vuestras aventuras, mi señor.

—¡El autor de mis aventuras soy yo! ¡Dónde está ese hombre para acusarlo!

—En la cárcel, mi buen señor.

—¿Qué? ¿Ya ha sido condenado por plagio?

—No, mi señor.

—Entonces, ¿por qué? ¡Vamos, habla hombre, que no tengo todo el día!

—Pues, por falsificación de identidad. Dice ser don Quijote de la Mancha.

—¿Qué confusión me has creado, Sancho. Te prohíbo que hables más del tema.

—Sí, don Miguel.

Jorge Etcheverry

La bolsa

*H*ace poco me llama un poeta centroamericano (que no queremos nombrar.) Quiere que le ayude a organizar el lanzamiento de su libro. Cuéntate una nueva. La gente sabe que puede contar conmigo. Mi trabajo solidario y por la literatura hispánica, sin recompensa alguna, ya se ha hecho proverbial. En otras décadas fue la lucha por la justicia social, como tantos otros que cruzaron espadas con una entidad infinitamente superior a sus fuerzas, de ahí nuestra presencia aquí y en la quebrada del ají. Las noticias que llegan desde mi país ya no me tocan mucho. Son como esas cartas de amor, descoloridas, manoseadas, que uno nunca envió a esa amada desdeñosa de nuestra adolescencia, que quizás ni supo que existíamos. Pero basta de cháchara. Acojo con agrado la tarea de ayudar a un compañero que hace unas décadas bregaba en el ojo del huracán combatiendo a los mismos molinos de viento. Meto en la bolsa scotch, tijeras, hojas en blanco, el permiso para poder servir vino tinto y del otro, un sacacorchos. Para que vean que los latinos no siempre improvisamos. Y ese libro que ando leyendo siempre. Esa bolsa es de cuero repujado. La compré en Chile en la feria artesanal del Santa Lucía, a los pies de ese cerro ahogado por los edificios del centro de Santiago. Es muy chévere, como dicen los venezolanos. Bueno, la llevo colgada del hombro y camino al lanzamiento pensando en lo que voy a decir en la presenta-

ción, algo general y a la vez concreto, no muy pedante, sin muchos clichés políticos. En estos tiempos de antiterrorismo paranoico, nunca se sabe quién va a llegar a los recitales. La cosa sale más o menos bien, se sirve vino y en menos de una hora de conversa y de ponerle estoy alegre, digamos, y no solo yo, los otros latinos, unos gringos que se toman sus tragos. En fin, me regalan una botella de tinto, el único que tomo, me la tenía guardada el poeta, le gustó la presentación que le hice. Se la doy a mi ayudante, un muchacho idealista pero más bien simple que siempre me ayuda en estas circunstancias. Me salto los pormenores de las horas pasadas en un bar para terminar la noche. Al día siguiente me doy cuenta que no tengo la bolsa. Lo único que realmente lamento es mi ejemplar del *Quijote*, compañero de estas décadas de exilio. Llamo al local donde fue la presentación, al bar donde nos fuimos a tomar, le mando un mensaje electrónico a la persona que me llevó de vuelta a casa. Si alguna vez esa bolsa aparece llena de explosivos, documentos o drogas, en cualquier aeropuerto, en allanamientos, en posesión de terceros, etc., quiero dejar constancia de los acontecimientos. Pero será en vano. Los que quieren apretarme las clavijas, traerme corrito, silenciarme la sin hueso tienen medios menos notorios y más efectivos para asesinar mi imagen.

Rogelio Guedea

Don Quijote

De noche leo las hazañas del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha. Tumbado en mi cama me va llenando de una ternura ancha el viejito aquel. Yo quisiera ser don Quijote, pienso. Yo quisiera tener una hija dulce para leerle por las noches las hazañas del viejito aquel. Don Quijote no está loco como todos piensan, hija, digo. Y ella está atenta con los ojos abiertos como cielos claros. Ella mira cómo don Quijote montado en su rocín va cabalgando su niñez. Ahí va también el burrito atolondrado de Sancho Panza con Sancho Panza arriba. Míralos, hija, míralos. Y entonces los ojos se le llenan de frescura cuando mira a don Quijote cabalgando su niñez, regando de justicia el porvenir, sembrando arbolitos que crecerán grandes en las ínsulas que Sancho Panza gobernó. Pero ella se pone triste cuando todos los pajaritos pían alborotados en la cabeza de don Quijote y lo tumban del rocín. Se pone triste cuando mira las estrellas que le escribe a Sancho Panza el firmamento. Son como cartas que yo le envié a mi hija el día que nacerá. Son como pedazos de infinito montados en el burrito atolondrado de Sancho Panza. Míralos, hija, míralos, le digo. Y ella no hace más que decir adiós con la manita mareada de ternura.

Gabriel Jiménez Emán

Diálogo postrero entre Sancho Panza y Alonso Quijano, oído por el autor del Quijote

Cide Hamete, autor de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, escribió un diálogo para este libro que hasta ahora no se había dado a conocer, y es dado hoy a la luz con la intención de agregarlo a la célebre obra, y así todas las villas y lugares de la Mancha, de España y del mundo compitan entre sí por divulgar y hacer suyas su fama y su memoria. Dicho episodio comienza cuando Sancho Panza se encuentra ahogado en mares de llanto, viendo a Don Alonso Quijano postrado en su lecho, pocas horas antes de morir.

En una de esas pausas de llanto en que Sancho fue a procurarse un poco de vino para mitigar su sed, Don Alonso sorprendidamente se inclinó, le vio a Sancho y le hizo señas de que se acercase a su lecho. Sancho, ni corto ni perezoso, se acercó a su amo; aquel le tomó de un brazo y con una sonrisa pícara le susurró al oído:

—Sancho, de haber nacido otra vez, ¿quién habrías querido ser?

—¿Yo... mi señor?

—Sí, Sancho, dime quién.

—Pues usted, mi señor, en otra vida me gustaría ser usted y

cabalgar por los campos de Castilla y de España junto a Sansón Carrasco y Sancho Panza.

—¿Estás hablando en serio, Sancho, o de nuevo estás diciéndome disparates?

—No, mi señor Alonso Quijano, ya que usted recuperó la cordura y ahora se arrepiente de sus locuras, yo le digo que si mi Dios Jesucristo me permitiera nacer otra vez, me gustaría ser don Quijote de la Mancha y volver a recorrer los caminos del mundo y ganar batallas y los amores de bellas mujeres. ¿Y usted, señor mío, si a usted le dieran la oportunidad de vivir su vida otra vez, quién le hubiera gustado ser?

—Pues tú, Sancho, me hubiera gustado ser Sancho Panza, un buen hombre que se atrevió a creer en la locura de otro hombre porque sí, sin más esperanza y herencia que ser gobernador de una isla que no existe.

—Pues entonces estamos a mano, amo y señor mío, nuestras vidas están cumplidas y nuestros destinos realizados, creo yo.

—Así es, Sancho, así lo quiso nuestro señor Jesucristo, que es grande y sabio.

Alonso Quijano dijo esto y después expiró. Sancho tomó el brazo de su amo —que había permanecido hacía pocos segundos temblando sobre su hombro— y lo colocó suavemente en el pecho exánime de Don Alonso.

Cide Hamete, el escritor, y el bachiller Sansón Carrasco los contemplaban a ambos cuando esto tuvo lugar; ellos fueron únicos testigos de las postreras palabras que cruzaron Sancho Panza y Alonso Quijano. Entre Hamete y Carrasco hubo el acuerdo tácito de que tales palabras debían ser insertadas en la novela, pero por algún desconocido percance el diálogo no pudo ser incluido en la edición que el impresor Juan de la Cuesta hizo de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, en 1615.

Mientras se dirigían a hacer los preparativos para dar cristiana sepultura a Don Alonso, Sansón Carrasco preguntó a Cide Hamete Benengeli cuál de los tantos personajes que había creado la febril imaginación del Quijote, y que él había recogido en su pluma, le habría gustado ser.

—Me habría gustado ser el Caballero de los Espejos, que es

justamente el personaje que tú creaste disfrazándote, para divertirme y darle más vida a don Quijote, ese es un invento genial, te lo aseguro. Por ello te doy las gracias. Fue el único Caballero que logró vencer en batalla limpia a don Quijote. ¿Y usted, Sansón, quién le habría gustado ser de entre todas esas fantásticas aventuras imaginadas por don Quijote?

—Pues le digo con toda sinceridad que más bien me hubiera gustado ser un escritor diestro como usted, maestro Hamete, con tanta facilidad para manejar esa pluma, la misma que parecía decir «para mí sola nació don Quijote, y yo para él; él supo obrar y yo escribir; solos los dos somos para en uno, a despecho y pesar del escritor fingido.»

—Le agradezco mucho su elogio, bachiller, pero me parece que otorga usted más honores a esa pluma que a mi persona —replicó Cide Hamete, sonriendo apenas y al unísono con el bachiller Carrasco, mientras se encaminaban ambos a contribuir con los arreglos del sepelio. Hamete recogió estos hechos y palabras postreros y los mantuvo largo tiempo consigo, atesorados en un manuscrito de pergamino. El mencionado manuscrito fue hallado hace poco en el anaquel de una vieja posada de Madrid, donde un tal Miguel de Cervantes solía pasar largas horas descansando o escribiendo, por aquel año de 1615.



© Ricardo Badtke Epple, "Dulcinea".

David Lagmanovich

Don Quijote y Dulcinea

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, vivía hace mucho tiempo una bella dama de noble familia. Venía de la Corte, donde, por la dulzura de sus modales, la habían apodado Dulcinea. Complicada en una intriga de espionaje en favor de una corte extranjera, temerosa de ser descubierta, se recluyó en aquella aldea manchega, siguiendo (de oídas, pues no sabía leer) el consejo de fray Antonio de Guevara: menosprecio de corte y alabanza de aldea. Fingió pertenecer a la familia de un labrador, a quien remuneró con algunos doblones; vistió ropas comunes, decentes y poco llamativas, y adoptó el nombre de Aldonza Lorenzo.

En la Corte había tenido un enamorado a quien llamaban don Quijote. El caballero fue tras ella y, a fin de pasar inadvertido entre los aldeanos, se hizo llamar Alonso Quijano y reanudó sus amores con aquella a quien ahora nombraban Aldonza. Todo anduvo bien durante un tiempo: Quijano se dedicaba de día a la lectura y de noche a sus amores; Aldonza vivía entregada a su aldeano amador, de quien había llegado a prendarse, y de día solía reunirse con las muchachas del pueblo alrededor de la fuente, para platicar sobre aquello de que suelen platicar las jóvenes.

La simple felicidad de los amantes se enturbió cuando advirtieron que los espías de la Corte estaban tras el rastro de ambos.

Dieron entonces con una ingeniosa estratagema. Quijano fingió haber enloquecido y se bautizó a sí mismo con su nombre cortesano de don Quijote; a la vez, proclamó a los cuatro vientos su amor por la garrida Aldonza, llamándola Dulcinea del Toboso. Los esbirros del Rey rieron con estos disparates de aldeanos ignorantes y abandonaron la búsqueda. Quijano y Aldonza, o si se prefiere don Quijote y Dulcinea, vivieron felices muchos años, olvidados para siempre de los peligros de la Corte.

Pensaba Sancho

Concluido el ciclo de sus aventuras, mientras el buen Quijano yacía en espera de la muerte, pensaba Sancho que tanto esfuerzo no debería ser en vano. Se decía: «¿Por qué no habría yo de continuar las hazañas del ingenioso hidalgo? No me lo impiden cuestiones de sangre, pues mi amo me enseñó que cada uno es hijo de sus obras. ¿Osaré proseguir su obra? Tal vez algún historiador futuro hablará de la primera salida de Sancho, el sucesor de don Quijote. Si no fuera tan difícil adelgazar...»

Habla Aldonza

Señora mía Dulcinea, os digo que no. Jamás, ni siquiera en sueños, osaría ocupar el lugar de Su Señoría. El lugar reservado para la egregia dama del Toboso por el caballero a quien llaman don Quijote. Una pobre aldeana ¿se atrevería a competir con dama tan encumbrada? Lo que el caballero dice es cosa de sueños, imaginaciones de un seso trastornado por lo que llaman poesía. Mi mundo, señora, es mucho más humilde; bien sé que las damas y caballeros lo desprecian. En este mundo mío me tocó entretener a mi vecino, el hidalgo Alonso Quijano, quien en las noches solía allegarse a mi lecho para hacer conmigo su voluntad, como los hombres suelen. De esos amores -si amores fueron- nació mi niño, a quien trato de criar en el amor de su madre y el temor de Dios. ¿Advierte vuesa merced cuán diferentes son nuestras circunstancias? Yo nada sé de mundos de caballerías. He sido la barragana de un hidalgo; nunca fui la figura espléndida de un sueño. Ahora Don Alonso usa otro nombre, el nombre que a sus imaginaciones conviene. Quién sabe si no me desea todavía, en sus noches célibes y desaforadas, cuando el alba le quita los deseos de soñar.

El otro Quijote

En realidad hubo dos Quijotes, aunque los críticos españoles no hayan querido aceptarlo. Quizá hubo una insuficiente lectura del texto, o bien les dio vergüenza aceptar que Cervantes, espíritu burlón, introdujera junto al personaje verdadero uno apócrifo. Porque es evidente que el don Quijote alojado en el palacio de los duques, el que rechaza con comedidas palabras el ofrecimiento de su persona que hace la doncella Altisidora y entretiene sus horas tañendo un laúd, no es el mismo que salió de su aldea manchega, lanza en ristre, con la sola compañía humana de su fiel escudero Sancho Panza. ¿Dónde se ha visto que un caballero español rechace a una damisela cortesana? Y esa afeminada musiquita del laúd, ¿tiene algo que ver con el abierto viento de la llanura, la rudeza de los bosques, la desolación de las aldeas, la poderosa humanidad de los campesinos españoles? No: algún cortesano se hizo pasar por don Quijote, para desconcierto de Sancho y burlona satisfacción del duque. El falso Quijote desaparece en el espacio exterior al palacio, y ciertamente no es él quien muere, consumido por la fiebre, después del triste regreso a la aldea.

José María Merino

La cuarta salida

El profesor Souto, gracias a ciertos documentos procedentes del alcañá de Toledo, acaba de descubrir que el último capítulo de la Segunda Parte del *Quijote* –“De cómo don Quijote cayó malo y del testamento que hizo y su muerte”– es una interpolación con la que un clérigo, por darle ejemplaridad a la novela, sustituyó buena parte del texto primitivo, y su verdadero final. Pues hubo una cuarta salida del ingenioso hidalgo y caballero, en ella encontró al mago que enredaba sus asuntos, un antiguo soldado manco al que ayudaba un morisco instruido, y consiguió derrotarlos. Así, los molinos volvieron a ser gigantes, las ventas castillos y los rebaños ejércitos, y él, tras incontables hazañas, casó con Doña Dulcinea del Toboso y fundó un linaje de caballeros andantes que hasta la fecha han ayudado a salvar al mundo de los embaidores, follones, malandrines e hideputas que siguen pretendiendo imponernos su ominoso despotismo.

Lina Meruane

Dientes de leche

Sobre la burra el viejo se asoma, viene a echarme su mirada de hambre. Montado al revés de su bestia famélica se estaciona en la esquina, y dicen las tabernereras que todo por mirarme. Aldonza, aúlla el viejo quiltro, Aldonza, sacudiendo las mechas como perro cautivo. No soy yo esa: me llamo Lorenza pero no se lo digo. Me agria la sangre que me hable sin apearce. Empuña un palo al que llama su lanza, y al acercar la punta al ruedo de mi falda le quedan las costillas al aire. Le va a dar la ciática al caballero si no le muestras las nalgas, me gritan las tabernereras en la calle. En este ayuno nada importa: que no me hayan crecido tetas todavía, que todavía no sangre. Que todavía de noche me meta en la boca los dientes de leche, y los chupe y chupe, y alguno me trague. En mis encías rotas no engorda ni una muela. Las tabernereras me lo advierten: ya le han visto la cara al hambre que arranca los dientes. (Dicen:) Miren qué mañosa es esta cabra (la del bigote). No te hagai la mosca muerta (la del tajo que le parte la frente). Se está haciendo (al resto) la tonta. Chúpale la plata cabra no seai lesa (la colilla del cigarro le cuelga). Y después te largai. (Y la otra:) Y te dejai de andar lavando sábanas ajenas. Las tabernereras me juran que así como se ve, flaco y enclenque, el viejo carga su botella de leche. Dicen esto las tabernereras y se dan de codazos. Las tabernereras aplauden, las tabernereras apuestan sus melenas sobre la

mesa. Pero yo no le muestro las piernas. No me agacho a recoger las sábanas desmayadas en la vereda. Qué voy a mamar de ese pellejo. Yo lo que tengo es hambre. Hambre es lo único que poseo: hambre. Por un mendrugo blando, por esas uñas negras gusto a salame te chuparía sin asco hasta los huesos. Pero no le hablo. Me niego a conversarle, rotundamente a descubrirle el secreto de mis labios. Tapado por su bacinica el miserable masculla palabras que no entiendo. Palabras desvaídas que arranca de sus libros y lanza por los aires. Que se lleve sus ojos saltones, su lengua amarga, sus arengas de escupo. El viejo se deshace bajo el sol de la tarde, a lo lejos me parece que veo ubres derramando su leche de burra y carne. Ubres, y mi lengua babea sobre las sábanas sucias que cargo hacia la pileta en el medio del parque. Las sábanas se empapan. El hilo de agua se va llevando al sumidero las noches mugrientas, el ácido tufo del desagravio, los sesos derretidos, la tinta negra. Que no regrese el ingenioso a ojearme. Que cumpla su oferta, me digo, de andante, y se largue a pie por los caminos. Que me deje en prenda esa burra, que ya le exprimiré yo con mis encías las ubres y toda su sangre.

Diego Muñoz Valenzuela

Don Quijote 2005

1

Don Quijote resucita para celebrar sus cuatrocientos años. Recorre el mundo dando conferencias que coronan los múltiples homenajes del mundo hispanoamericano. No sabe qué hacer con tantos viáticos y honorarios, y los acumula en los bolsillos de su traje de lino beige. Aburrido del constante acoso de admiradores y estudiosos, escapa por la puerta de servicio del lujoso hotel de turno y entra a una hamburguesería. Con tantos cócteles y cenas de celebración ha engordado visiblemente. Han tenido que confeccionarle sucesivas armaduras que se adapten a la creciente barriga. Con un fajo de dólares apretado entre sus dedos, se ubica en la fila más corta, evaluando doblar las raciones de queso y papas fritas. «La que se ha perdido Sancho por no acompañarme», murmura y comienza a engullir su italiana especial.

2

Ulula con gran resonancia el teléfono celular de don Quijote, mas el hidalgo no transige y continúa cabalgando su rocín en derechura. Sancho resopla del otro lado de la línea, a Dios rogando

que el caballero tenga a bien responder a la llamada que torciera el acechante destino. Dulcinea espera en la puerta de la iglesia con un ramo de orquídeas y exhala un suspiro al ver al caballero aproximarse al galope en lontananza. Viene por la avenida colmada de gentes que lo vitorean agitando banderillas de La Mancha. «Ella no es quien usted cree que es, don Alonso –resuella el fiel escudero–, grandes decepciones le aguardan, mi señor, contestadme por la gracia de Dios.» Don Quijote carga con el rostro iluminado, sin hacer caso de la infernal sonaja.

Julia Otxoa

De cómo el Quijote fue quemado en Morano

«**L**a base esencial de una mente saludable radica en el principio de concreción con el que se percibe el mundo.» Este tipo de frases grandilocuentes acostumbraba a decir el párroco Pietro Asnoglionne en sus charlas formativas de los sábados en la sala municipal; el auditorio, mayormente formado por feligreses de la pequeña aldea de Morano quedaba en suspenso, como levitando. Su discurso retórico acompañado de estudiadas entonaciones y ensayados silencios actuaba como una especie de hipnosis.

Un día les dijo iba a hablarles de la famosa novela de Miguel de Cervantes titulada *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, pero fatalmente guiado por su férreo principio de concreción máxima no pasó del inicio. Las cosas sucedieron así: Pietro Asnoglionne abrió el libro con solemnidad y comenzó a leer: «En un lugar de la Mancha...». En este punto cerró el libro con fuerza y mirando a los presentes preguntó: «¿Qué creen ustedes que quiso decir Cervantes con eso de «En un lugar de la Mancha...»?»

Pietro Asnoglionne adoptó en este instante un aire rígido, se puso en pie, y blandiendo la novela en la mano derecha, levantó la voz para decir indignado: «Claramente el autor especifica muy poco, una novela con un punto de arranque tan volátil no puede ofrecer sino vaguedades, quimeras, confusión de lenguaje, descon-

trol de ideas y anarquía. Para la salvación de nuestras almas este tipo de libros no puede tener otro destino que la hoguera».

Corría el año 2004, el *Quijote* fue quemado en la plaza mayor de Morano.

Ernesto Pérez Zúñiga

Don Quijote encuentra un molino en el fin del mundo

Observó la llanura que se perdía en los precipicios grises, aún lejanos. Viento y polvo eran una sola nube hacia el este, donde habían estado las horas de su casa y también las de un joven sol. El sol y las horas se habían convertido en manías de viejo.

Desde la montura acarició el cuello de su rocín. «Ese es el último gigante con quien pienso hacer batalla», le dijo. Apretó la empuñadura de su lanza, áspera de pronto en la debilidad de la mano como si fuera de madera sin desbastar. «Un bastón, tan sólo un bastón que apunta hacia el horizonte.» Quizá en el infierno estaba solo, enemigo ninguno, Sancho amigo ninguno. «Salvo el monstruo peor, el mago definitivo de entre todos los gigantes, quien ha hecho del mundo entero un mar de galeotes llenando de duda nuestros ojos.»

Se alzaban ante él –más altas que él a pesar de los centenares de metros que les separaban– las Aspas del Reloj que los primeros lugareños habían construido en mitad de la llanura: un gran mástil y dos manecillas afiladas, cuyas sombras se proyectaban a lo largo de aquella tierra.

Juan Romagnoli

Quijotescas I

Durante la noche, Don Quijote sueña que es Sancho y el escudero, a su vez, sueña que es el Hidalgo.

Cuando se encuentran (en terreno onírico neutral), el Escudero-Hidalgo saluda con todas las reverencias del caso al Hidalgo-Sancho, quien exagera en su altanería de Caballero, abusa de las circunstancias.

Al despertar, el distraído Quijote no recuerda el incidente nocturno. El escudero, en cambio, ha renovado su paciencia.

Quijotescas II

Cuando la Figura del Caballero cae tristemente derrotada por los implacables gigantes, su fiel (y condescendiente) escudero, propone:

—Señor, ¿queréis que los enfrente yo?

—Ni lo intentes, Sancho —responde— ¿Cómo podrías luchar contra tan bravos gigantes si, para ti, solo son molinos de viento?

Armando José Sequera

¿Qué te parece, Zoraida?

*Y*a que los imanes rechazaron la edición de mi libro, por considerarlo impío, ¿qué te parece, Zoraida, si tu Cide Hamete viaja a Madrid y lo publica, haciéndose pasar por el soldado manco que, alojado en nuestra casa de Argel, murió el mes pasado?

Últimas palabras de Cide Hamete

*¡*Qué desdicha morir como apócrifo, por mi pseudónimo Alonso Fernández de Avellaneda, siendo yo —como no se cansa de afirmar el mismo manco Miguel—, el legítimo creador del exiguo caballero! ¡Pero Alá es sabio y misericordioso, aunque sus designios nos parezcan inescrutables!

Mario Goloboff

Batalla

*E*l Quijote ataca los molinos de viento. Alimentada por energía eólica, toda la región manchega se queda varios días sin luz.

José Paredes

Juicio de realidad o el genio de Cervantes

Cuentan que Sancho se volvió a semejanza de su amo y empezó a creer a pie juntillas el sueño en el que andaba extraviado. El Caballero de la Triste Figura no andaba perdido, según han entendido la lectura algunos de sus intérpretes, o él mismo. Cuestión bastante difícil de comprobar, dicen otros sabios. El caso daría para discusiones eternas. Sería más simple si se fuera a la fuente; de ese modo quedaría más claro o nebuloso. Todo lo perverte una buena o mala edición de lo que se lee. El caso que nos ocupa tiene muchas consecuencias, vertientes y aristas, tal vez; y algún asidero. No está en discusión. El caballero, como bien lo sabe, intuye o presiente el Ama, se sale por la puerta de su locura, (le respondió con tremenda frase al malandrín bachiller Carrasco cuando le preguntó por dónde se salía Don Quixote, riéndose de la simple, cuando le fue a pedir ayuda para que evitara su partida, porque este se iba a ir de nuevo a aventurar) y bien lo sabían los que habían leído la primera parte diez años antes, cuando nuestro héroe salió por primera vez a navegar por los campos de Montiel. Para muestra un botón: Sancho vio a “Dulcinea” —cuando la volvieron a buscar a El Toboso, al otro día— pero convertida en labradora; mató dos pájaros o muchos de un tiro, explicándole a su amo que los encantadores la habían transformado en una rústica. Más tarde, cuando él mismo se cree el cuento, o quiere, sin saberlo, ha-

cerle pasar gatos por liebre a su amo por enésima vez. Y he aquí el caso en que pocos han reparado: muchos se han metido de lleno, a lo mejor literalmente, a pensar las cosas como Don Quixote, por la interpretación que él quiere que hagamos de sus hechos, ideas y aventuras. El caso es que éste le ha andado metiendo el dedo en la boca a medio mundo desde que se echó a cabalgar por algún lugar de la Mancha. Todo lo hace a su amaño y semejanza, y por cierto a sabiendas. Por ejemplo: “Dulcinea no existe”, le dice con propiedad a Sancho; quien, como buen villano, siempre que está en apuros se la recuerda. Está en mi imaginación, de ella salió, en ella vive y muere, le confirmó con severidad su conocimiento de causa, dando con ello veracidad a la poética de su creador: basta que en la narración él no se salga un punto de la verdad.

Sancho se puso a llorar.

Y aquí viene la moraleja de este análisis, o interpretación: Si el enamorado caballero dice que no existe su dama, por qué seguimos nosotros siendo más quijotes que Don Quixote. He ahí el otro meollo del asunto. Lo que pasa es que mientras él sale por la puerta de su locura a encontrarse consigo y con el otro, nosotros entramos a su casa.

Hamete Benengeli

*A*penas llegó a sus oídos que el prisionero era un escritor conocido en Madrid pidió permiso al regente de Argel para visitarlo en la cueva donde lo tuvieron prisionero por más de cinco años. Hamete Benengeli era también un escritor reconocido en la corte, más bien era el escriba oficial. No sólo por razones profesionales quiso entrar en diálogos con Miguel de Cervantes. Intercambiaron más de una idea en las innumerables visitas que le hizo. Y como en las grandes historias contadas o dibujadas alrededor de las fogatas, adentro o a las entradas de las cuevas, Hamete Benengeli le contó su historia. De ese modo –y en lengua distinta al árabe, y con el destino y la suerte como aliado- pudo entrar a la posteridad que le habría sido denegada en su Argel natal.

Raúl Jorge Lima

Distinta suerte

En una cárcel de Sevilla y allá por el mil seiscientos, un hidalgo manco llenaba cuartillas y cuartillas con las aventuras de un tal Alonso Quijano, que logró salvar de la mirada escudriñadora de los carceleros. Las publicó con el nombre de “El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha” y gustaron tanto que hubo una segunda parte y hasta una falsificación.

Por esos años en su casona de la Mancha y en noche de duermevela, Alonso Quijano soñó con un preso al que le faltaba una mano, perdida en alguna batalla entre cañonazos y aire salino. Cuando despertó escribió un cuento, al que tituló “Don Cervantes de Lepanto” (perdido para la posteridad, ya que su ama lo incineró junto con sus libros de caballerías).

El preso manco del cuento de Alonso Quijano vivió sesenta y ocho años sobre la tierra y, pese a algunos pecadillos, logró ingresar en el cielo. En cambio el hidalgo que sirvió de modelo al Quijote, por el descuido de los carceleros, lleva cuatro siglos en un infierno donde a diario es atormentado por inclementes demonios: críticos literarios, profesores de literatura, autores de minicuentos.

Orlando Mejía Rivera

Reacción en cadena

El cura, el barbero y la sobrina de Alonso Quijano siguen tirando libros a la hoguera. Después de quemar el *Palmerín de Inglaterra* y de salvar *Las lágrimas de Angélica*, la sobrina encuentra un grueso mamotreto escondido detrás del sillón favorito de su tío. Los tres abren la primera página y quedan sorprendidos al ver el título: *La Historia de Don Quijote de la Mancha* de un tal Cervantes Saavedra. Sin mediar palabra lo arrojan al fuego. Ellos desaparecen y en todas las bibliotecas del mundo, en este siglo XXI que comienza, se esfuman las obras de literatura posteriores al año 1605. Solo quedan los millones de *bestsellers* en las librerías de moda.



© Ricardo Badtke Epple, "Rocinante".

Rodolfo Modern

Novela

Quijote y Sancho cabalgan, uno junto al otro, por los polvorientos caminos de castilla. De pronto Sancho, ascético y largo, frena a Rocinante y dice a su compañero, rollizo y breve: “Desde ahora, si vuesa merced no se opone, no nos pareceremos más. Seremos lo que en realidad somos”. Quijote no se opone y el trasvasamiento inmediato tiene lugar.

Gabriela Aguilera

Movilidad Social II

El caballero pobre murió en un torneo desafortunado y el rocín fue olvidado en las caballerizas del castillo. Los caballos de justa entraban y salían llevados por los palafreneros y nadie reparaba en el rocín, algo temeroso y pegado a uno de los muros. Comía después que los otros lo habían hecho y bebía el agua turbia por las babas de sus compañeros de cuarto.

Un palafrenero se conmovió ante su vulnerabilidad y lo sacó de las caballerizas para llevarlo al campo que rodeaba el castillo. Allí se quedó. El palafrenero lo visitaba a diario llevándole zanahorias y el rocín se sentía contento. Sin embargo, extrañaba los enfrentamientos en lid. Por eso no vaciló en irse con el caballero enjuto y seco que se lo llevó un día. Estaba seguro de que junto a él viviría importantes aventuras y sería una celebridad. Ni siquiera le molestó trotar junto a un burro montado por un gordito insignificante que hablaba estupideces.

Movilidad Social III

Su nuevo amo no tenía con qué ni por dónde. Si se quedaba con él, jamás sería una celebridad. Pensaba en cómo fugarse cuando al caballero enjuto y seco se le ocurrió lanzarse contra unos molinos de viento. El rocín salió ileso aunque bastante machucado y adolorido. Su amo se llevó la peor parte y fue recluido por su familia.

El rocín se quedó en el establo esperando recuperarse para irse lejos. Tenía muchas cicatrices de guerra en el pellejo y le dolían las rodillas con tanto salto, carreras y frenadas. El burro del gordito estúpido insistía en acercársele para establecer una complicidad basada en la historia común pero él no estaba para eso. Una cosa era aguantar un amo loco y otra muy distinta, la humillación de convivir con un burro.

Una noche aprovechó un descuido del palafrenero y se echó a andar. Sintió que el mundo se abría en promesas cuando vio salir el sol. A un trote acompasado, se dirigió hacia las montañas. La vida es hermosa, pensó, entre relinchos, seguro de que ahora sí, sería una celebridad.

Adolfo Barraza

Quijote gamer

Envió varios mails a Dulcinea.

Ella los derivó a la carpeta de Spam.

Mientras juega on line con Sancho, el Quijote sigue esperando una respuesta.

Ginés S. Cutillas

A la sombra de los molinos

Don Alonso, cansado de leer, abandonó la cueva y se topó con los gigantes. Regresó para contar al resto lo que había visto, pero nadie le creyó, ensimismados como estaban frente a aquellas sombras de aspas en movimiento.

Fernando de Gregorio

Quijotes proletarios

Solo cuando el precio de la harina ya no les permitió comer pan, el pueblo se lanzó, cual quijotes, contra los modernos molinos.

Denise Fresard

Los libros de Don Quijote

La biblioteca de don Alonso Quijano es una pieza en el segundo piso. Los libros están en rumas por todas partes. La ventana está cerrada y la cortina descorrida deja pasar unos escasos rayos de la luna llena. En la habitación del lado está don Alonso, el valeroso hidalgo Don Quijote de la Mancha. Está enfermo y desvaría, parece que se afiebrara a ratos, empujado a través del laberinto de un mundo fantástico donde cree habitar junto a la reina Pitiquiniestra y al pastor Darinel.

Dicen que el mal lo guardan los libros. Dicen que esas páginas llenas de palabras son las que engendraron un mundo que se le ha metido en el alma, enloqueciéndole. Esplandián y Florismarte de Hircania ya están condenados a la hoguera. Mañana temprano arderán junto a Reinaldos de Montalbán y a sus amigos Caco y los doce Pares.

La censura de sus detractores los echará al fuego. Y será inútil: don Alonso no recuperará la cordura, porque esas historias se han fijado en su memoria como un motivo de nobleza y de valor. El fuego no impedirá que aquellos versos se vuelvan leyenda. Esos relatos perdurarán más allá de la hoguera, resistirán la censura, sin importar las razones, que en toda época y traspasando los márgenes de la literatura, hayan sentenciado a los libros como amenazante fuente de la locura.

La tumba de Don Quijote

El valeroso hidalgo de la Mancha, aunque hace mucho que emprendió su viaje, no ha dejado de soñar un mundo de caballerosas gestas.

Habita en un espacio plagado de espejos, donde las imágenes delatan el lugar de donde observa y es tan ingenua su mirada, como cargada de sarcasmos.

Aquellos retratos fantasmas, reflejan al mismo tiempo lo ordinario y lo extraordinario, en una galería de personajes trasnochados, cuya disciplina asombra por lo inútil. En aquel ámbito, lo real puede sostenerse y al mismo tiempo negarse por las mismas razones. Mientras sueña, no distingue lo cierto de lo imaginario y una sombra lo cubre a la vez que lo esclarece.

¿Es un adolescente que sueña que ha envejecido o un anciano que sueña ser un adolescente?

Su inmortalidad radica en la negación de la vulgaridad y su enfermedad, en la pretensión de un mundo que existe solo en su pensamiento.

Vengan a ver su tumba y descubrirán el polvo bajo la lápida, ese polvo aun sueña con princesas cautivas y dragones de aire a la entrada del castillo. Y es tan yerma la tierra en que yace, como brillante el sol de la Mancha.

Milton Puga

Ingenioso hidalgo

*M*i abuelo y mi padre fueron hojalateros. Yo aprendí el oficio, pero me dediqué a fabricar armaduras. Es más lucrativo. Tengo buenos clientes. Coleccionistas de arte y generales en retiro. Una armadura es muy costosa. Antiguamente, además de su función defensiva, era un indicador de status. En Grecia identificaba a un ciudadano, en Japón a un samurai y en Europa a un caballero. En este oficio he conocido gente muy especial. Hace poco vino un señor de mediana edad. Alto y bien conservado. Me dio instrucciones muy precisas. Se notaba que era un conocedor. No sólo encargó una armadura para él: don Alonso también pensó en su caballo.

Triste figura

Del nombre apenas me acuerdo. Poco importa. No ha pasado mucho tiempo, en todo caso. Siempre lo veía conduciendo un carretón tirado por un caballo famélico. Era difícil precisar su edad. Yo diría que frisaba los cincuenta. Vivía en una casucha junto a la alambrada, al borde de la autopista. Era gran madrugador y amigo de la chatarra. Traficaba fierros viejos. Una tarde divisé una figura frente a su puerta. Me acerqué. Era un hombrecillo bajo y regordete. Sudaba copiosamente. Él me dio la noticia. “Fue un accidente –me dijo– cerca del mediodía”. Mientras iba montado en su carreta, lo arrolló un camión. No alcanzó a darse cuenta. Fue como si lo hubiera embestido un gigante.

Patricia Elena Rivas

Rosinesco

Y así después de muchos nombres que formó, borró y quitó, añadió, deshizo y tornó a hacer, al fin le vino a llamar Don Quijote de la Mancha, nombre a su parecer alto, sonoro y significativo, antes de lo que ahora era. Puesto nombre y tan a su gusto a su caballo, quiso ponérsele a sí mismo, y al cabo se vino a llamar Rocinante, espíritu valiente, que sin el caballo no hubiera podido recorrer y llevar a cabo sus aventuras.

Con estas y semejantes razones perdía el pobre caballero el juicio, y desvelábase por entenderlas, y desentrañarles el sentido, que no se lo sacara, ni las entendiera el mismo Aristóteles, si resucitara para sólo ello.

Y muchas veces me vino deseo de tomar la pluma, y darle fin al pie de la letra como allí se promete.

Graciela Tomassini

Evocación de don Buenaventura González

Cuando las calles del Rosario eran todavía de tierra y había palenques ante las puertas de las casas, don Buenaventura González solía caer de sorpresa en lo de mi abuela. Ataba el caballo –un gateado pangaré que según él valía una fortuna– y subía a los trancos la escalera haciendo llorar las nazarenas. Siempre venía con algún presente para merecer la sopa que venía buscando. Esta sopa vale como quinientos pesos, decía, y la abuela protestaba: ¿Y vos te crés, Buenaventura, que con ese zapallo criollo me vas a comprar la voluntad? Quedate, al menos, hasta que vuelva Juan, a ver si se arma un truco. Y se armaba. El truco, para Ventura, era un pretexto para sacarse de adentro las coplas de flor, quiero y envido que iba perfeccionando con los años, en las que despuntaba una vocación de cantor amasada a fuerza de muchas lecturas y postergada por los rigores de la vida. Cordobés de Montecristo, don Ventura supo esquivar el destino eclesiástico que le correspondía por el día de su nacimiento un 15 de julio; no fui obispo por un higo, decía; por robar higos a la siesta lo habían echado del Seminario franciscano, pero es seguro que la tentación no pasó por el estómago, que siempre tuvo magro, sino por la voluntad de andar los caminos y tener por techo las estrellas. Dicen que había sido guardaespaldas de Alvear, y algunos viejos de la familia aseguran haber visto una foto de don Marcelo sentado en el café de

París junto a Yrigoyen, con don Buenaventura parado atrás, como un arcángel huesudo y cetrino, una mano apoyada en el mango de la faca cruzada al cinto, y la otra escondida a medias entre dos botones de la chaqueta. Habrá sido por poco tiempo, porque nunca quiso ser hombre de comité. Si tuvo sus cosas, siempre fue por lealtad a su idea de justicia. En la cárcel aprendió a ser peluquero, pero ningún oficio sedentario lo conformaba. No se casó, por no echar raíz, pero dicen que amó con devoción a una Rosa de ojos claros que nadie vio jamás, en cuyo nombre recogió de la calle a varios desarrapaditos de la ciudad de Roldán, que crió como hijos y que le cerraron los ojos y le quitaron el libro de las manos el día en que dio su espíritu, quiero decir que se murió.

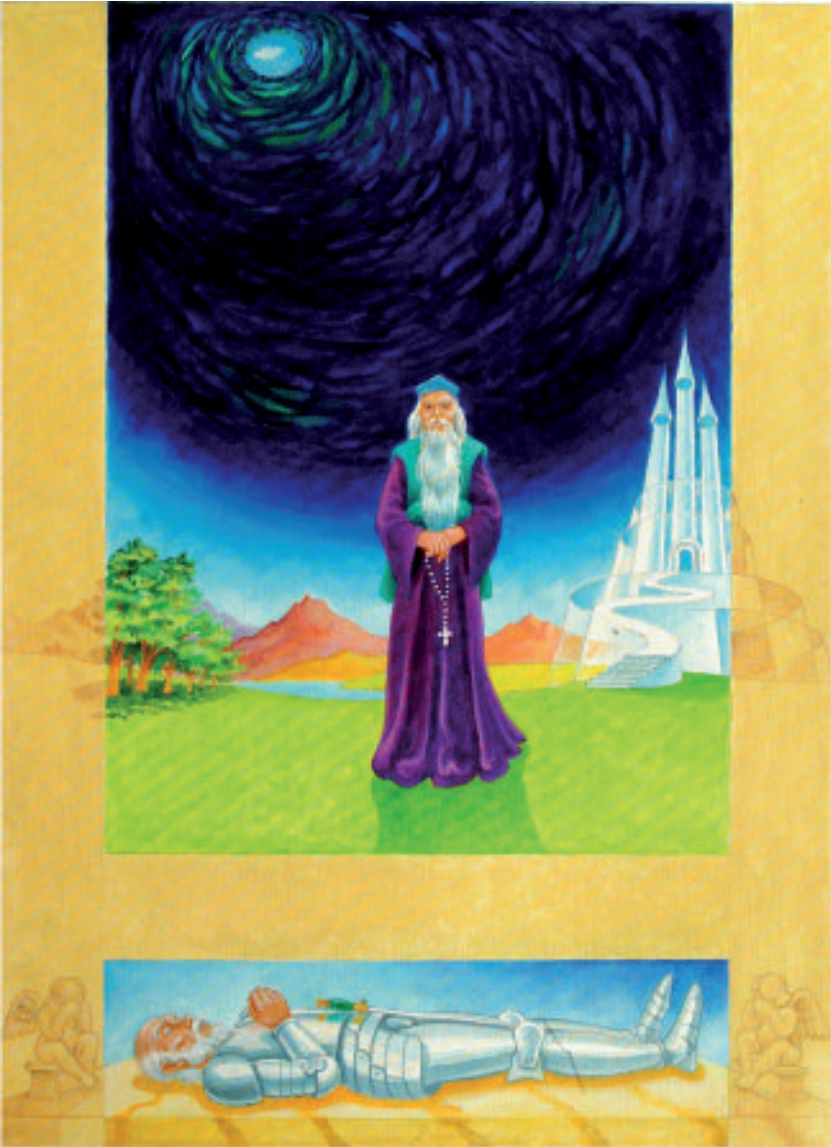


© Ricardo Badtke Epple, "El triunfo".

Silvina Vital

Molinos de aire

Sin decir una palabra me puse otra vez de pie; el horizonte se veía ya barrido de nubes y de todo misterio, así que no había excusa para no acercarme a él. Mi silueta en movimiento iba cayendo al suelo pesadamente con los pasos y se oscurecían fugazmente los pastos. Mi lanza apenas hacía sombra. Pensaba en el viento venido de los molinos y me temblaban las ropas. El horizonte cobarde se alejaba con mi marcha pero los molinos valientes –los molinos valientes– redoblaban la apuesta y soplaban con más fuerza. Atrás quedaba mi caballo, mi armadura y mis aliados; caminaba yo como un Quijote confundido ahora pero dispuesto a darle batalla al viento. Con las ropas en retirada y los cabellos tirantes hacia atrás me paré más o menos de cara al primer molino, con mi lanza erguida a mi derecha. Cerré los ojos y me aferré a mi lanza. La hondonada de aire fresco entrando en mis pulmones hizo el resto.



© Ricardo Badtke Epple, "La gran aventura".

Bibliografía



© Ricardo Badtke Epple, "La muerte".

- ANDERSON IMBERT, ENRIQUE. “La cueva de Montesinos”. (*El gato de Cheshire*, 1965. *Narraciones Completas*, tomo VI. Corregidor: Buenos Aires, 1990).
- AGUILERA, GABRIELA. “Movilidad social II”; “Movilidad social III” (Inéditos).
- ARREOLA, JUAN JOSÉ. “Teoría de Dulcinea”. (*Cantos de mal dolor. Obras*. México: Fondo de Cultura Económica, 1995).
- BARRAZA, ADOLFO. “Quijote gamer”. (Inédito).
- BORGES, JORGE LUIS. “Parábola de Cervantes y de Quijote”; “Un problema”. (*El hacedor. Obras completas*, tomo II. Buenos Aires: Emecé Editores, 1989); “El acto del libro”. (*La cifra. Obras completas*, tomo IV. Buenos Aires: Emecé Editores, 1989).
- CARDONA LÓPEZ, JOSÉ. “Que trata de la indagatoria al ingenioso caballero don Miguel”. (*Antología del cuento corto colombiano*, edición de Guillermo Bustamante y Harold Kremer. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional, 2004).
- CORREA-DÍAZ, LUIS. “Moneda 16”; “La emperatriz del mundo se confiesa”. (Epple, Juan Armando. *MicroQuijotes*. Barcelona: Thule, 2005).
- CUTILLAS, GINÉS. “A la sombra de los molinos”. (Inédito).
- DARÍO, RUBÉN. “D.Q.” (*El cuento fantástico hispanoamericano en el siglo XIX*, edición de Oscar Hahn, México: Premiá Editores, 1982).
- DE GREGORIO, FERNANDO. “Quijotes proletarios”. (Inédito).

- DE LA COLINA, JOSÉ. “Cervantes” (*El cuento* n° 88, México D.F., 1983).
- DENEVI, MARCO. “Proposición sobre las verdaderas causas de la locura de don Quijote” (*Falsificaciones*. Buenos Aires: Eudeba, 1966); “Don Quijote cuerdo” (*Antología precoz*, Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1973); “Dulcinea del Toboso”, “Realismo femenino”, “La mujer ideal no existe”, “Epidemia de Dulcineas en el Toboso” (*Falsificaciones*. Buenos Aires: Ediciones Corregidor, 1999); “Crueldad de Cervantes”, “Los ardides de la impotencia” (*Obras Completas*, tomo IV, *Falsificaciones*. Buenos Aires: Corregidor, 1984).
- ELPHICK, LILIAN. “El relincho de Don Quijote”. (*Diálogo de tigres*. Santiago de Chile: Mosquito Comunicaciones, 2011); “Doble personalidad” (Epple, Juan Armando. *MicroQuijotes*. Barcelona: Thule, 2005).
- EPPLÉ, JUAN ARMANDO. “Razones son amores” (*Con tinta sangre*, Barcelona: Thule Ediciones, 2004); “Nombres propios”, “Don Aldonzo”. (*Para leer mejor*, Santiago de Chile: Mosquito Editores, 2010).
- ETCHEVERRY, JORGE. “La bolsa”. (Epple, Juan Armando. *MicroQuijotes*. Barcelona: Thule, 2005).
- FRESARD, DENISE. “Los libros de Don Quijote”, “La tumba de Don Quijote”. (Inéditos).
- GALLARDO, ANDRÉS. “La memoria pertinaz”, “La súbita reconsideración”, “La colección”, “La lectura póstuma”, “Parábola de la literatura, la locura, la cordura y la ventura” (*Obituario*. México D.F.: Editorial Universitaria, 1987).
- GOLOBOFF, MARIO. “Batalla”. (David Lagmanovich y Laura Pollastri, eds. *Microrrelatos Argentinos*. General Roca, Argentina: Universidad Nacional del Comahue, 2006).
- GUEDEA, ROGELIO. “Don Quijote”. (Epple, Juan Armando. *MicroQuijotes*. Barcelona: Thule, 2005).
- GUTIÉRREZ, CARLOS M. “Viento del Sur” (www.Literaturas.com/Hiperbreve, 2002).
- HOYOS OLIER, ENRIQUE. “Sanchijote” (*Cuentos*, Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional, 2004).

- JIMÉNEZ EMÁN, GABRIEL. “Diálogo postrero entre Sancho Panza y Alonso Quijano, oído por el autor del Quijote” (*El hombre de los pies perdidos*, Barcelona: Thule Ediciones, 2005).
- LAGMANOVICH, DAVID. “Don Quijote y Dulcinea”, “El otro Quijote”, “Habla Aldonza”. (*Por elección ajena. Microrrelatos escogidos, 2004-2009*. Tucumán: La Aguja de Buffon, 2010).
- LIMA, RAÚL JORGE. “Distinta suerte”. (Antonio Cruz, *El microrrelato en Santiago del Estero*. Santiago del Estero: Inti Ediciones, 2008).
- MERINO, JOSÉ MARÍA. “La cuarta salida de Don Quijote”. (*Cuentos del libro de la noche*. Madrid: Alfaguara, 2005).
- MEJÍA RIVERA, ORLANDO. “Reacción en cadena”. (*Manicomio de dioses*. Calarcá, Colombia: Cuadernos Negros Editora, 2010).
- MERUANE, LINA. “Dientes de leche”. (Epple, Juan Armando. *MicroQuijotes*. Barcelona: Thule, 2005).
- MODERN, RODOLFO. “Novela”. (*Juegos de palabras*. Buenos Aires: Proa American Editores, 2011).
- MONTERROSO, AUGUSTO. “Manuscrito encontrado junto a un cráneo en las afueras de San Blas, S.B., durante las excavaciones realizadas en los años setenta en busca del llamado Cofre, o Filón” (*La letra e. Fragmentos de un diario*, Madrid: Alianza, 1987).
- MONTOYA CAMPUZANO, PABLO. “Alonso Quijano”. (*Viajeros*. Medellín: Universidad de Antioquía, 1999).
- MOPTY DE KIORCHEFF, ANA MARÍA. “El flaco” (*Entre Sur y Norte*. Tucumán, Argentina: Ediciones del Rectorado, Universidad Nacional de Tucumán, 1993).
- MUÑOZ VALENZUELA, DIEGO. “Don Quijote”. (Epple, Juan Armando. *MicroQuijotes*. Barcelona: Thule, 2005).
- OTXOA, JULIA. “De cómo el Quijote fue quemado en Morano”. (Epple, Juan Armando. *MicroQuijotes*. Barcelona: Thule, 2005).
- OMIL, ALBA. “La postrer aventura de Alonso Quijano”. (*Con fondo de jazz (microrrelatos)*. Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán, 1988).

- PACHECO, JOSÉ EMILIO. “En un lugar de la Mancha”. (*La sangre de Medusa y otros cuentos marginales*. México: Ediciones Era, 1990).
- PAREDES, JOSÉ. “Juicio de realidad o el genio de Cervantes”, “Hamete Benengeli”. (*Sacrilegios*. Santiago de Chile: Mosquito Editores, 2006).
- PÉREZ ZÚÑIGA, ERNESTO. “Don Quijote encuentra un molino en el fin del mundo”. (Epple, Juan Armando. *MicroQuijotes*. Barcelona: Thule, 2005).
- PUGA, MILTON. “Ingenioso Hidalgo”. (Inédito).
- RENÁN, RAÚL. “De cómo una vaca pinta ocupa la cátedra de literatura española en la universidad”. (*Gramática fantástica*. México: Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado, 1999).
- RIVAS, PATRICIA ELENA. “Rosinesco”. (Inédito).
- ROMAGNOLI, JUAN. “Quijotescas I”; “Quijotescas II”. (Neus Rotger y Fernando Valls, eds. *Ciempies. Los microrrelatos de Quimera*. Mataró, Barcelona: Montesinos, 2005).
- SEQUERA, ARMANDO JOSÉ. “Qué te parece, Zoraida”; “Últimas palabras de Cide Hamete”. (Epple, Juan Armando. *MicroQuijotes*. Barcelona: Thule, 2005).
- SHUA, ANA MARÍA. “Máquina del tiempo”. (*Casa de geishas*, Buenos Aires: Sudamericana, 1992).
- TOMASSINI, GRACIELA. “Evocación de don Buenaventura González”. (Inédito).
- VIQUE, FABIÁN. “La trabajosa perdurabilidad del Quijote”. (*El cuento en red* 9, México D.F., 2003).
- VITAL, SILVINA. “Molinos de aire”. (Inédito).
- WHITE, A. [“En resolución”]. (*El ingenioso hidalgo don Pedro de la Caballa*, en *La mano de la hormiga*, edición de Antonio Fernández Ferrer, Madrid: Ediciones Universitarias Fugaz, 1990).

Semblanzas



Juan Armando Epple

Juan Armando Epple

Nacido en Osorno, Chile, en 1946 y residente en los EE.UU, es investigador y Profesor Emérito de literatura hispanoamericana en el Departamento de Español de la Universidad de Oregón en Eugene. De su larga y fecunda trayectoria como estudioso y difusor de las letras hispánicas en los Estados Unidos dan testimonio numerosos libros y artículos cuya temática comprende un amplio espectro de intereses, que cubren desde la literatura memorialística chilena vinculada al trauma de la represión dictatorial y el exilio, la nueva canción latinoamericana y el neopolicial, hasta sus pioneras aportaciones al relevamiento y estudio de la ficción brevísima. En este campo, que ha contribuido a fundar, se destaca su labor teórica y antológica, concretada en volúmenes tales como *Brevísima relación del cuento breve en Chile* (1989), *Brevísima relación. Antología del micro-cuento hispanoamericano* (1990) y *Cien microcuentos chilenos* (2002). A estas obras seminales para la cartografía y el estudio de esta vasta provincia de los estudios literarios, se suma *MicroQuijotes* (2005), una de las primeras antologías temáticas de la microficción que tiene por eje la recreación palimpsésica vinculada con un único texto fuente: *Don Quijote de la Mancha*, cuya segunda edición aumentada presentamos aquí. La importante contribución de Juan Armando Epple a las letras hispánicas comprende también su labor como poeta, autor de libros como *Del aire al aire* (2000) y *De vuelos y permanencias* (2004), y como microrrelatista en *Con tinta sangre* (1999) y *Para leerte mejor* (2005).



Ricardo Badtke Epple

Ricardo Badtke Epple
(1948 - 2007)

Estudió dibujo, xilografía y pintura en la Escuela de Bellas Artes de Viña del Mar, Chile. A inicios de la dictadura militar de 1973 fue detenido y encarcelado en Arica, bajo acusación de colaborar con una potencia extranjera. Como profesor de diseño de arte, tenía a su cargo un proyecto de recuperación de diseños de la cultura aymara en el norte de Chile y Bolivia. Posteriormente fue relegado a la Isla de Chiloé, donde realizó una serie de dibujos sobre las figuras mitológicas de esa isla. En Santiago montó una agencia de publicidad. Entre 1995 y 2004 ganó los concursos nacionales de sellos conmemorativos de Correos de Chile. Entre esos sellos, es autor del que conmemoró el Centenario del nacimiento de Pablo Neruda. Ilustró varios números de la revista *Literatura Chilena en el Exilio*. Su serie sobre el Quijote fue exhibida en la universidad Our Lady of the Lake, San Antonio, Texas, como parte de los eventos conmemorativos del cuarto centenario de la publicación de *El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*, en el 2000, exhibición copatrocinada por la Casa de México, con asistencia del escritor Carlos Fuentes.

Este séptimo número de la *Colección Pulso Herido* de las Ediciones de la Academia Norteamericana de la Lengua Española acabose de imprimir el día 14 de diciembre de 2015, festividad de San Juan de la Cruz, en los talleres *The Country Press*, Massachusetts, Estados Unidos de América